

TORMENTA SOLAR

Cristina Gumuzio Irala

TORMENTA SOLAR

Cristina Gumuzio



Capítulo 1

TORMENTA SOLAR

CRISTINA GUMUZIO IRALA

Esta novela está dedicada a la naturaleza, con todo lo que nos da y todo lo que nos quita.

A mi marido, Rafa y a mis hijas; Natalia, María y Ana, y demás familia y amigos, que siguen acompañándome, mientras continúo escribiendo.

Y a mi amigo boticario, Enrique Aramburu, que me ha ayudado a corregir la novela.

CAPÍTULO I

EN LA RUTA DEL ROMÁNICO

VIERNES 5 DE DICIEMBRE DE 2025. DEPARTAMENTO DE PSIQUIATRÍA HOSPITAL LA PAZ, MADRID.

Aquella mañana, víspera de fiesta y, además puente, la actividad en la consulta de Psiquiatría era frenética. Parecía que los pacientes se hubiesen puesto de acuerdo para encontrarse mal a la vez. Nora miró con impaciencia la hora. Durante el desayuno había prometido a su marido salir puntual del hospital. Iban a pasar el puente de la Inmaculada, junto a sus amigos, en un hotel rural al norte de Palencia. Cuando entró en la sala de espera estaba abarrotada así que lo avisó de que se iba a retrasar.

—No te preocupes —dijo Jaime en un tono alegre—. Recojo a los niños en el cole y te esperamos en la puerta principal.

El viaje comenzó una hora más tarde de lo previsto. Como todas las vísperas de fiesta, la A1 era una serpiente de coches, que avanzaba lentamente. Al llegar al puerto de Somosierra, el cielo se oscureció. Nora apremió a sus hijos que mirasen por la ventanilla.

—Seguro que va a nevar.

Los niños no se inmutaron, jugaban entretenidos con sus videoconsolas. Se giró hacia atrás para reprenderlos. Odiaba que estuviesen tan absorbidos por la tecnología. Pero tenía la batalla

perdida de antemano. Jaime se tomaba su queja a broma y salía en defensa de los chicos.

—¡Bah, Nora, déjalos!

Desistió de discutir con su marido, encendió la radio. Había tenido una semana complicada en el hospital y estaba tensa. El paisaje, tantas veces recorrido, la relajó; llevaba diez años en Madrid, alejada del norte y de la casa familiar.

Cuando llegaron a Aguilar de Campoo, la noche era cerrada. Apenas había luna y nevaba ligeramente. Tras bordear una importante fábrica de galletas, se detuvieron a repostar en una gasolinera. Nora vio a través de la ventanilla cómo a su marido le salía vaho por la boca. Afuera hacía mucho frío. Los niños se alborotaron y le presionaron para que los dejase ir a la tienda a comprar algo de merienda. Jaime le hizo un guiño desde el surtidor; ella accedió.

De nuevo en camino, continuaron hasta un cambio de sentido que indicaba “Cueva de los Franceses”. La carretera, estrecha, y la densa niebla obligaron a Jaime a aminorar la velocidad. Atravesaron un pequeño pueblo y continuaron por una carretera de montaña que los condujo hasta el comienzo del páramo.

El hotel rural estaba en una población pequeña, de apenas once habitantes. La fachada era de piedra y sobre la puerta colgaba una farola. Iluminaba el rotulo con el nombre del hotel.

Jaime aparcó en un descampado frente a la casa, que hacía las veces de aparcamiento y, como hacía mucho frío, se dio prisa en sacar las maletas del portamaletas. Borja lo seguía como un perrito faldero; era el pequeño de sus hijos. Le pidió que lo aupase para tocar el timbre de la puerta de entrada. Una mujer bajita, escuchimizada, los recibió con un gesto antipático.

La familia siguió en silencio a la encargada. Primero atravesaron un pequeño patio, iluminado por farolillos, donde había montículos de nieve y leños apilados en las cuatro esquinas. Luego pasaron a un vestíbulo que hacía las veces de recepción. La mujer se colocó detrás del mostrador; estrecho y de madera labrada, y en un tono poco amable pidió sus carnets de identidad. Una vez finalizado el registro, cerró con brusquedad el libro y, empleando un tono arisco, pidió que le siguieran.

—Son los primeros en llegar.

Nora cogió a Borja de la mano. Le susurró al oído que estuviese tranquilo; el tono de la encargada, y su mirada atravesada con un ceño fruncido, lo habían asustado.

La mujer subió a toda prisa por la escalera. En el rellano del primer piso se detuvo en seco.

—Hay tres dormitorios para los señores —dijo impertinente—, los niños irán arriba.

Nora entró en un cuarto al azar y dejó la maleta en un rincón. Aunque era espacioso, y estaba limpio, olía ligeramente a cañería.

Subieron a la planta de arriba, estaba abuhardillada. Tenía una zona de estar amplia; con dos sofás de tres plazas, una televisión panorámica y una mesa cuadrada para dibujar o entretenerse con juegos. Desde la sala se pasaba a las dos habitaciones.

Javi y Borja entraron corriendo en uno de los cuartos y se pusieron a saltar entre las camas.

—Tranquilos, chicos —gritó Jaime con esa voz ronca tan característica suya.

—Eso, a portarse bien y enredar poco. Majos, los chavales, ¿qué años tienen?

Nora trató de ser amable con la encargada y le dijo que Javi tenía siete y Borja, cinco. Se interesó por su nombre.

—Ludi, me llaman Ludi —Se dio bruscamente la vuelta y bajó a todo correr por la escalera.

Nora miró desconcertada a su marido; no entendía la actitud tan hostil que mostraba la encargada. Javi y Borja pidieron quedarse en la sala jugando, mientras ellos bajaron al salón a esperar la llegada de sus amigos.

En el salón había dos sofás de tres plazas, tapizados en una tela color granate, y una pequeña mesa de madera rodeando la tertulia. Enfrente, encastrada en la biblioteca, una chimenea de ladrillo rojo donde prendía un buen fuego. A ambos lados, dos butacones tapizados con una tela de cuadros escoceses. Jaime se sentó en el sofá y se puso a jugar con el pelo de Nora.

—¿Qué te parece la casa? —le preguntó— ¿He elegido bien?

—Me gusta, es acogedora, excepto por esa mujer. Parece sacada de un cuento de miedo.

Deslizó el dedo por la pantalla del móvil y llamó a una de las parejas a las que esperaban.

—¿Acabáis de pasar Aguilar? —le dio unas indicaciones a Lucía de por donde debían desviarse—. ¿Y Marina y Diego? Venid con cuidado, la carretera es estrecha y hay niebla.

De la cocina llegaba un rico olor a comida. A continuación del salón, sin separación alguna, se encontraba el comedor, al fondo una puerta que lo separaba de la cocina. Jaime pasó junto a las tres mesas rectangulares, cubiertas con manteles a cuadros rojos y blancos, y entró en la cocina en busca de algo para beber. De vuelta al salón, entregó un botellín de cerveza a Nora y brindaron. Entre los dos circulaba el amor.

Fernando, Lucía y su hija Celia, fueron los segundos en llegar. Poco después, Diego y Marina con Álvaro y Leticia. Los cinco niños se saludaron con entusiasmo, corrían electrizados por las escaleras y por el patio donde se tiraron bolas de nieve y jugaron con un pequeño gatito negro que no paraba de maullar. Ludi, la encargada, recibió a las dos familias con la misma antipatía. Salió al patio y, entre gritos, amenazó con matar al gatito si no paraba de maullar. Borja entró lloriqueando y Jaime consiguió que la encargada le diese un poco de leche para calmar al animal.

A pesar del mal efecto que había causado en todos, Ludi los sorprendió con una cena estupenda: calabacines rebozados rellenos de bacón y queso de cabra, chuletitas de cordero con puré de castaña y, por último, brownie de chocolate con nueces.

Entre la comida y la bebida, y el crepitar del fuego, que ardía incesante en la chimenea, los seis amigos se relajaron. Alejadas del ruido y de la prisa de la ciudad, del estrés de sus respectivos trabajos, las tres parejas hablaban y reían felices.

Fernando era profesor de Historia del Arte en la Universidad Complutense de Madrid y estaba especializado en arte románico. Se había encargado de organizar la excursión y llevaba meses preparándola. Al acabar el postre, y cuando los niños estaban acostados, puso sobre la mesa los folletos de los lugares que iban a visitar. Su forma de hablar, al igual que sus movimientos, era pausada y tranquila; lo contrario a Jaime y Diego, más alborotadores.

–Espero que veamos algo más que piedras –le suplicó Marina, abriendo mucho los ojos y una media sonrisa–. Me asusta la cantidad de catálogos que has traído.

Fernando se lo tomó a broma y siguió las explicaciones.

–Mañana visitaremos la cueva de los franceses; se encuentra cerca de aquí. Yo la he visitado en una ocasión, los niños la disfrutarán.

–¿Por qué se llama así? –preguntó Nora que lo escuchaba con interés.

–A los soldados franceses, que murieron en la batalla del páramo de las Loras, no se les dio sepultura. Sus cuerpos se tiraron a la cueva.

–Cuando fue esa batalla? –siguió preguntando. A pesar de ser médico le interesaba mucho la historia.

–En la guerra de la independencia.

El rostro excesivamente pálido de Lucía hizo desviar la atención de Nora.

–¿Estás bien? –le preguntó.

–Cansada. Ha sido una semana complicada en la oficina –contestó entre bostezos.

Lucía trabajaba en la tesorería de la seguridad social y en aquel momento había muchos movimientos de altas y bajas en las empresas.

Fernando le acarició la mano y los dos se miraron a los ojos. A Nora le gustaba la buena pareja que formaban. Eran parecidos de carácter: suaves, delicados. Físicamente, sin embargo, eran diferentes. Los amigos solían tomarles el pelo diciendo que parecían el punto y la i. Fernando; alto y corpulento, Lucía; pequeña y menuda.

–Brindemos porque la economía se reactive –dijo Jaime levantando la copa de vino. Era ingeniero electrónico y trabajaba en Red eléctrica española.

Diego y Marina eran los más nerviosos del grupo. Él era perito y estaba pasando un momento difícil en el trabajo. Su carácter, explosivo, le hacía discutir con quien se terciase. Pero la sangre

nunca llegaba al río y pasado el momento todos se reían de las cosas que se habían dicho. Los seis eran muy buenos amigos y disfrutaban juntos. Nora solía decirles que eran su familia en Madrid.

A las doce de la noche, el cuco de madera cantó la hora, Fernando los apremió para irse a dormir.

—La visita a la cueva es a las diez y media —dijo doblando meticuloso la servilleta—. Si os parece, bajamos a las nueve a desayunar.

La mañana amaneció fría y soleada. Nora contemplaba fascinada el paisaje a través de la ventanilla del todocamino de Jaime. El páramo le recordaba el mar. Era como un mar infinito salpicado de matorrales, piedras y montículos de nieve.

Tras visitar la cueva, subieron hasta al mirador de Valcavado. Allí acababa bruscamente el páramo. Nora admiró el inmenso valle Valderredible, emocionada por la belleza del paisaje; El viento soplaba con fuerza y le despeinó los rizos castaños que se escaparon rebeldes por los bordes del gorro de lana.

CAPÍTULO II

PRIMER CONTACTO CON LA OSCURIDAD

DOMINGO 7 DE DICIEMBRE DE 2025. SEIS DE LA MAÑANA.

Un frío intenso despertó a Borja, tiritando sacó las manos de entre las sábanas y pulsó el interruptor de la lámpara de su mesilla. La lámpara no se encendió. A oscuras se acercó a la cama de su hermano, pero Javi dormía profundamente, se dio la media vuelta y gritó que le dejase en paz. Acompañado por la luz de la pobre luna que penetraba por la claraboya del techo de la sala, y por un ventanuco que había en el rellano de las escaleras, llegó a tientas al dormitorio de sus padres. Saltó al centro de la cama y se acurrucó entre los dos.

Jaime se despertó y le acarició la cabeza.

—¿Otra pesadilla? —preguntó entre bostezos—. ¡Borja, tienes la cara helada!

—Arriba hace mucho frío, papi —contestó gimoteando, mientras se sorbía los mocos ruidosamente.

Nora, al oírlos hablar, se giró hacia ellos.

—¿Qué pasa? ¡Borja, por Dios, estás helado! —Frotó con fuerza los brazos del niño en un intento de que dejase de tiritar y entrase en calor.

Jaime alargó la mano hacia el interruptor de la lámpara de su mesilla. Lo pulsó varias veces, pero la lámpara no se encendió.

—Parece que se ha apagado la calefacción. Nora, enciende tu lámpara. La mía no funciona.

—La mía tampoco —dijo.

—Papi, mami, arriba tampoco hay luz. He pasado mucho miedo bajando por las escaleras a oscuras. Y Javi no me ha ayudado.

Jaime cogió el teléfono móvil y encendió la linterna. Intentó sin éxito encender la luz del techo y del cuarto de baño. El radiador de la habitación estaba frío.

—Voy a despertar a Ludi. Seguro que ha saltado el diferencial general.

—¿Le vas a molestar a estas horas? Con lo desagradable que es, no le va a hacer gracia que le despiertes.

—Me da igual, Nora, hace un frío insoportable.

Jaime se puso el anorak encima del pijama y alumbró el camino con la luz de la linterna del móvil.

La habitación de la encargada se encontraba en la planta inferior, frente del mostrador de recepción. Llamó suavemente a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó una voz ronca y rasposa desde el interior del dormitorio.

—Ludi, perdóneme por molestarla a estas horas, pero la casa está sin luz y calefacción y hace mucho frío. Si me indica dónde se encuentra el cuadro eléctrico, yo mismo iré a averiguar qué sucede. Imagino que habrá saltado el diferencial general.

—Espere un momento. Ahora voy —respondió en un tono malhumorado.

Abrió la puerta del dormitorio y salió bostezando. Tenía el pelo revuelto y llevaba sobre el pijama un viejo jersey lleno de borlas.

Sin decir una palabra ni mirar a Jaime se dirigió a la cocina arrastrando con ruido las zapatillas de casa. Tras la puerta de la cocina estaba el armario que contenía el cuadro eléctrico. Jaime lo iluminó con la linterna y entre los dos comprobaron con detenimiento la posición de los diferenciales; todos se encontraban en la posición correcta.

—Qué raro —dijo la encargada en un tono más cordial—. Voy a llamar a Pedro, a ver si ellos tienen luz.

—¿Quién es? —preguntó Jaime.

—Un vecino del pueblo. Vive dos casas más allá. Alúmbreme aquí, hágame el favor.

Ludi abrió los cajones de la cocina y buscó la linterna. Tenía una luz potente lo que le permitió acercarse a paso ligero al mostrador de recepción.

—Tampoco hay línea —exclamó frotándose las manos.

—Llame con mi móvil.

—Márqueme usted, soy un poco torpe con esos chismes.

Jaime marcó el número que le dictó la encargada, pero tampoco pudo comunicar. No había conexión de red.

**—No entiendo qué está sucediendo —dijo rascándose la nuca—
¿Ocurre esto habitualmente?**

—Qué va —contestó Ludi—. Alguna vez, con las nevadas, se va la luz, pero el teléfono que yo recuerde, nunca.

—¿Encendamos la chimenea? Hace mucho frío y para el desayuno estará caldeado el salón.

La estación meteorológica que colgaba de la pared del vestíbulo indicaba que la temperatura en el exterior era de siete grados bajo cero.

—Voy al patio a por leños —dijo entre juramentos.

Jaime se ofreció a ayudarla y entre los dos cargaron la chimenea de leños. La encargada hizo una bola con las hojas de un periódico, la prendió con un mechero y la colocó rápido en el

centro del hueco donde estaba la leña.

—Si no me necesita, me vuelvo a la cama —dijo Jaime—. Esperemos que para la hora del desayuno haya vuelto la luz.

—Vaya tranquilo, me quedo aquí vigilando el fuego. Ya sabe, hay veces que parece que prende y se apaga.

Cuando regresó a la habitación, Nora lo abordó impaciente.

—¿Qué pasa?

—Ni idea. Debe haber un problema en el exterior; el cuadro eléctrico está bien, todos los interruptores en la posición correcta.

—¿Habéis llamado a emergencias?

—No hay línea en el teléfono fijo del hotel y mi móvil no encuentra red.

—¡Qué miedo! —lloriqueó Borja al oírlos.

—Ilumina la butaca. Anoche dejé el móvil en el bolso.

Intentó comunicar con el 112, pero tampoco encontraba la red.

—No entiendo nada, ayer hablamos sin problema y la cobertura era buena. ¿Qué opinas? —preguntó preocupada a su marido.

—De momento, durmamos un rato más. Imagino que en un rato habrá vuelto la luz.

—Papi, seguro que en tu oficina lo arreglan.

—Claro, Borja —dijo acariciándole la cabeza.

Nora se cubrió hasta la barbilla con el edredón. Estaba malhumorada y maldecía por lo bajo.

—Para una vez que viajamos con los niños, me veo que nos tenemos que volver a casa.

—¡No seas exagerada! Seguro que en un rato se soluciona.

—Jo, a casa no —protestó Borja entre sueños.

Jaime subió a dormir a la planta de arriba. Le preocupaba que Javi y los otros niños se asustasen, al no haber luz, y quería estar cerca. Entró en la habitación de su hijo, lo cubrió con el edredón. Javi no se inmutó, dormía plácidamente. Fue a la habitación de los otros niños y comprobó que todos estaban bien. Se acostó en uno de los sofás de la sala y se tapó con el edredón de la cama de Borja. En la planta de arriba hacía más frío que en las de abajo.

A las ocho de la mañana la alarma del móvil despertó a Nora. Alargó la mano para encender la luz de la mesilla, pero la avería continuaba. Salió de la cama con cuidado de no despertar a Borja. Tiritando fue al cuarto de baño a darse una ducha caliente. Para su sorpresa, de los grifos no salía ni una gota de agua; ni fría ni caliente. Mientras se vestía, escuchó voces en el descansillo. Era Jaime explicándoles a Fernando y Diego lo que pasaba.

Gracias a la luz de la mañana, que penetraba por los ventanucos de la escalera, todos bajaron a la planta baja sin problemas. El comedor y el salón se encontraban en ligera penumbra, las ventanas eran pequeñas y la escasa iluminación la proporcionaba el fuego de la chimenea. Nora y Marina se acercaron a hablar con la encargada. Estaban acaloradas y manifestaban su enfado por el frío y por la falta de agua; no se habían podido duchar. Además, intervino Diego, tampoco llegaba agua a las cisternas de los retretes.

—¡Tranquilizaos! —gritó Jaime, intentando hacerse oír entre las voces tumultuosas del grupo—. Si no hay corriente eléctrica, es lógico que no haya agua. Diego, tú también lo sabes, sin electricidad, la bomba que sube el agua a los edificios no funciona.

—Pues como sea una avería grave lo tenemos claro —dijo Diego dando una calada profunda a su cigarrillo—. Ya podemos hacer las maletas y volver a casa.

—Hombre, no exageres, seguro que no es para tanto —intervino Nora apurada al ver la mala cara que se le estaba poniendo a Fernando. Después del tiempo que le había llevado a su amigo preparar con tanto detalle la excursión, estaba a punto de irse al garete.

Nora sabía que Diego tenía razón, aunque se resistía a asumirlo. Pero si el problema persistía, y afectaba a toda la zona, no les quedaría otra opción que regresar a Madrid.

Los cinco niños no querían saber nada del problema y correteaban entusiasmados por la casa y por el patio. Ninguno

había vivido antes una aventura semejante y disfrutaban con la situación.

Ludi, sentada en un taburete junto a la chimenea, se afanaba preparando un buen desayuno. Había colocado una parrilla sobre el fuego y puesto encima un cazo donde hervía la leche con chocolate. Los niños, al oler el intenso aroma a chocolate, revolotearon a su alrededor, mientras la encargada lo removía, despacio, con una cuchara de madera.

De pronto, llamaron con rudeza a la puerta de la entrada.

Ludi apartó el cazo del fuego y se levantó a abrir.

—Buenas, Pedro, ¿tenéis luz?

—¡Qué va! Por eso vengo. Por si necesitas algo. El pueblo entero está sin luz y sin teléfono.

Jaime se acercó rápido a la puerta.

—¿Se sabe qué ha pasado?

—No —contestó el vecino—, y es muy raro. Alguna tormenta nos ha dejado sin luz, pero que yo recuerde nunca sin luz y teléfono a la vez. Tampoco funciona la radio y eso ya es la rehostia. ¿Han visto el cielo? Parece que haya una tormenta eléctrica.

Jaime salió al patio. Los destellos en el cielo y la tonalidad tan extraña le hicieron pensar en algo. Dijo que iba a bajar a Aguilar. Igual allí sabrían qué sucedía. Fernando y Diego se ofrecieron a acompañarlo.

Cuando llegaron, constataron que allí tampoco había luz. Los semáforos no funcionaban y no había ninguna iluminación.

Jaime aparcó el todocamino frente a la iglesia. La plaza estaba desierta y el suelo estaba mojado por la humedad. Caminaron bajo los soportales. Las tiendas y los bares que encontraban a su paso estaban cerrados. En uno de los extremos de la plaza encontraron un bar abierto. El local se encontraba en penumbra. Dos velas prendidas sobre la barra lo iluminaban, además de la poca luz que penetraba por las ventanas y la puerta. El camarero se encontraba hablando con un grupo reducido de gente. Jaime les preguntó si se sabía qué estaba ocurriendo.

—No sabemos nada —contestó el camarero—. Desde media noche no

hay luz, teléfono, agua, radio, televisión.

Una mujer dijo haber visto de madrugada unas luces muy extrañas en el cielo.

—¿Por dónde se va a la jefatura de policía? —preguntó Jaime en un tono alarmado.

—El cuartel de la Guardia Civil está detrás de la iglesia, al otro lado del río —respondió el camarero—. Estaba pensando en acercarme a preguntar. Si no les importa, los acompaño.

—Yo también —dijo la propietaria de la farmacia de al lado del bar, que debido a la falta de luz había tenido que cerrar. En instantes, se sumó el resto.

Cruzaron la plaza y tomaron un camino que discurría paralelo al río. La gente hablaba de forma alborotada. Ante el tumulto generado ante la puerta del cuartel, un guardia civil salió a la calle y con un tono de voz fuerte ordenó que se callasen.

—... y lo único que les puedo decir es que la luz se ha ido a las dos de la madrugada y la línea de teléfono una media hora después. Parece que hay un problema general en el tendido eléctrico y en las comunicaciones, pero por el momento no sabemos el alcance ni la repercusión.

—¿Una media hora después? —preguntó Jaime aproximándose a él—. ¿Ha habido alguna catástrofe natural o...?

—Parece que una tormenta.

—¿Qué tipo de tormenta? Perdone que insista, agente, pero trabajo en Red Eléctrica Española, en Madrid, y quizá me necesiten. ¿Me podría dar algún dato más?

—Venga conmigo —dijo señalando el interior del cuartel—. ¿Tiene algún documento que le acredite?

Jaime sacó la billetera y le enseñó la tarjeta acreditativa de la empresa.

—Le voy a dar esta información por si le necesitan, pero guárdese mucho de decir nada a nadie —dijo el guardia civil—. Se trata de una tormenta solar y parece grave.

—¿Una tormenta solar? ¿Está seguro?

—Es la información que ha dado el oficial al mando, antes de salir hacia la comandancia de Palencia.

Jaime se despidió del agente y se unió al grupo.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Diego, mientras el resto lo miraba expectante.

—Nada nuevo. Me ha llevado con otro agente que me ha contado lo mismo —mintió Jaime. Había dado su palabra de no decir nada y no quería que cundiese el pánico.

Un murmullo se formó entre la gente que se mostraba disconforme con la explicación. Ante la insistencia del agente para que se movilizasen, el grupo regresó al bar. Tras un rato de conversación, Jaime, Diego y Fernando emprendieron el regreso al hotel.

Durante el trayecto, Jaime reveló la información que le había pasado el agente. Los tres mostraron una enorme preocupación por la noticia y por el efecto que ésta iba a ocasionar en las mujeres. Lo que en un principio había parecido una simple avería eléctrica sin importancia se estaba convirtiendo por momentos en un gran problema.

—¿Es grave? —preguntó Nora a Jaime, cuando este puso a las chicas en antecedentes. Conocía bien a su marido y presentía, por su tono de voz, que el problema podría ser mucho más grave de lo que él estaba intentando transmitir.

—¿Y qué hacemos? —intervino Lucía que se había mantenido en un segundo plano—. Con este frío, y sin agua, no podemos quedarnos. Además, no podremos visitar nada. Imagino que estará todo cerrado. Lo mejor es que volvamos cuanto antes a Madrid. Igual allí no ha pasado nada. Fer, lo siento, sé lo mucho que has trabajado para planear la excursión, pero...

—Tranquila, Lu, pienso lo mismo. Me fastidia tener que cancelar la excursión, pero no tiene ningún sentido permanecer aquí, en estas condiciones. Debemos regresar cuanto antes.

Jaime chasqueó los nudillos de los dedos. Era un hábito que tenía cuando estaba nervioso.

—¿Cómo andáis de gasolina? —les preguntó a Fernando y Diego—. Yo llené el depósito al llegar a Aguilar. Lo digo porque

entiendo que sin electricidad los surtidores no funcionan.

—Yo puse gasolina ayer, cuando volvíamos de pasear por el embalse —contestó Fernando al instante.

—Pues yo fatal —intervino Diego y se levantó en busca de las llaves del coche—. Voy a bajar a la gasolinera de Aguilar. Imagino que dispondrán de un sistema alternativo para repostar.

—Te acompaño —dijo Marina. La viveza de sus ojos expresaba lo nerviosa que era. Además, estaba excesivamente delgada

—No, cari. Ve haciendo las maletas mientras regreso.

Diego era físicamente lo opuesto a ella. Le costaba mantener abrochados los botones de la camisa, siempre a punto de estallar.

Mientras esperaban a que volviese empezaron a recoger las cosas. Los cinco niños no dejaban de protestar.

Diego entró en la casa dando un fuerte portazo.

—Tenías razón, Jaime —dijo en un tono de voz crispado—. No funciona ni un puto surtidor. Joder, no sé qué vamos a hacer.

—Tranquilo, Diego, no te preocupes —dijo Jaime—. Ahora nos organizamos para volver en los dos coches.

—Sí, joder, pero es una putada quedarme sin coche en Madrid. A ver cómo voy a ir a trabajar. La obra en la que estoy queda muy lejos del centro.

Marina lo miró con amargura. No dejaba de moverse de un lado a otro, estaba entrando en una situación de pánico. Su cuerpo, huesudo, temblaba de frío y miedo. Nora se le acercó y trató de calmarla.

Jaime dio unas palmadas fuertes y dijo:

—Venga, chicos, no se hable más. Hacemos el equipaje y nos ponemos en marcha. Es casi la una y me gustaría llegar a Madrid de día.

Una vez con las maletas en el vestíbulo, Jaime distribuyó al grupo entre los dos coches.

—Diego y Álvaro que vengan con nosotros, y Marina y Leti con Fernando. Ludi, ¿quiere que le bajemos a Aguilar? —preguntó

entrando en la cocina.

—No, gracias. Tengo que dejar la casa arreglada. Ya bajaré luego con Pedro. Les hago la nota a mano y me la abonan en efectivo. No puedo cobrarles con tarjeta.

—Lo siento, Ludi, pero no es posible —repuso Jaime al momento—. Anote el número de nuestras tarjetas y cuando vuelva la luz nos carga la factura. En esta situación no es prudente quedarnos sin dinero en metálico. No sé qué nos encontraremos durante el viaje, ni al llegar a Madrid...

—Por mí, no hay ningún problema —respondió la encargada, mientras se secaba las manos con un trapo.

Ludi acababa de lavar las tazas del desayuno en un balde, que había llenado con nieve del patio y derretido al calor de la chimenea.

—Chicos, otra cosa —dijo Jaime volviendo al vestíbulo—: debemos apagar ahora mismo los móviles. Es importante que nos dure la batería. Aunque solo nos sirvan como linterna, pueden resultarnos muy útiles.

—Eres un crack —dijo Lucía mirándolo con admiración—, no sé qué haríamos sin ti.

—Bueno, bueno, más movimiento y menos coba —dijo Jaime sonriendo.

CAPÍTULO III

MADRID

Los primeros kilómetros que recorrieron por la carretera general hasta llegar a la autovía dirección a Madrid fueron prácticamente solos. Apenas se cruzaron con unos pocos vehículos y un par de tanques militares. Las estaciones de servicio que dejaban a su paso se encontraban por lo contrario repletas de coches haciendo cola para intentar repostar.

Durante kilómetros, Nora viajó callada y pensativa. El paisaje palentino, salvaje, con sus llanuras y elevaciones, sin edificios que rompiesen su enorme belleza, fue poco a poco calmando su ansiedad. Jaime y Diego iban hablando de detalles técnicos relacionados con la electricidad, y los tres niños, ajenos a la gravedad del problema, jugaban entretenidos con sus

videoconsolas, que iban cargando en el mechero del coche.

Jaime conducía despacio. A Nora le extrañó, era un amante de la velocidad y lo habitual era que ella fuese pidiéndole que condujese más despacio.

—No ocurre nada, solo intento economizar al máximo el consumo de combustible. Aunque tenemos gasolina de sobra para el viaje, quiero tener reservas para movernos por Madrid. Ojalá no haya sucedido nada, pero mucho me temo que el problema sea general.

—¡No digas eso! ¡Por Dios! —dijo mordiéndose los labios.

Comenzaba a caer la tarde cuando entraron en la comunidad de Madrid. En medio de la aplastante oscuridad, las poblaciones a ambos lados de la carretera estaban apagadas, los focos de los coches dibujaban la figura de una gran serpiente eléctrica. Atravesaron el túnel de Somosierra, al poco se hizo de noche. Nora mantenía el cuerpo erguido hacia delante forzando la vista para divisar la ciudad.

—Reconozco que tenía la esperanza de que no hubiese afectado a Madrid —dijo acongojada—, pero está claro que pasa lo mismo. Tendríamos que ver las torres. ¡Dios mío, Jaime, qué preocupación! ¿Qué vamos a hacer?

Unos kilómetros antes de la salida de Arturo Soria vieron una fila enorme de coches parados en el arcén y varias personas andando por la carretera. Nora pidió a Jaime que se detuviese.

—Nora, no podemos parar, no cabe nadie más en el coche. Imagino que se habrán quedado sin gasolina, no les queda otra opción que andar.

Los niños, ante esta novedad, dejaron de jugar y aproximaron la cara a las ventanillas. Preguntaban cómo podían caminar a oscuras.

—Con la linterna del móvil y los focos de los coches —explicó Diego.

Jaime salió de la M30 y se dirigió a la urbanización donde residían Diego y Fernando. De hecho, las tres parejas se habían conocido allí, años atrás, cuando Jaime y Nora también vivían allí.

Aparcó el todocamino cerca de una de las entradas a la

urbanización, Fernando lo hizo en paralelo.

—Si queréis vamos todos a casa y preguntamos a los vecinos qué ha pasado —dijo sacando la cabeza por la ventanilla—. Esperadme aquí, voy a meter el coche en el garaje.

Diego aceptó al instante la invitación. Marina y él vivían en el portal de al lado. Jaime, por lo contrario, dudó unos segundos; desde hacía poco más de un año Nora y él se habían trasladado a un piso en la calle Velázquez.

—Perfecto —dijo al fin—. Realmente más de noche no se va a hacer. Voy a coger la linterna grande.

El exterior estaba completamente oscuro. Pidió a Nora y a los niños que esperasen dentro del vehículo. Encendió la potente linterna, que estaba guardada en la caja de herramientas, e iluminó el coche para ayudarlos a salir.

—Agarraos fuerte de la mano. Vamos a ir un rato a casa de Fernando.

—Papi, ¡qué miedo! —gritó Borja apretando con fuerza la mano de su madre.

—Tranquilo, no pasa nada —dijo Jaime—. ¡Javi, Nora, dadme la mano!

Diego agarró a su hijo Álvaro y se colocaron junto a ellos.

Jaime alumbró el camino e iniciaron la marcha. Caminaban agarrados de la mano, casi a ciegas, por el sendero que conducía al edificio. El pasaje era estrecho, estaba bordeado por frondosos setos cuyas ramas raspaban sus cuerpos.

Una vez dentro del portal, Jaime iluminó los primeros peldaños de la escalera. La luz alcanzó hasta el rellano donde la escalera hacía el primer giro. Fernando se ofreció a subir el primero y con la linterna del móvil iluminó los peldaños restantes hasta el descansillo de la primera planta. Después subió el resto. Uno detrás de otro, agarrándose con fuerza a la barandilla y a la chamarra del de delante, con cuidado de no perder el paso y de no tropezar.

Fernando abrió la puerta y de uno en uno entraron a tientas en el salón. Alguien chocó con un mueble, alguien con una puerta, se oyó algún quejido, algún juramento... Al fin entró Jaime y su potente linterna iluminó por completo la estancia, lo que les

permitió ubicarse dentro del piso.

Lucía fue a la cocina y cogió de la alacena dos velas de olor. Prendió una y la dejó sobre la mesa del salón, la otra la llevó al cuarto de Celia. Las tres mujeres se quedaron con los niños en el cuarto, mientras los hombres iban a hablar con los vecinos de al lado.

Los vecinos eran muy mayores, pasaban de los ochenta. Tardaron minutos en atender la llamada. Desde el otro lado de la puerta preguntaron quién los llamaba.

—Antonio, soy Fernando —dijo aproximando la cara a la mirilla.

La puerta se abrió despacio. Los dos ancianos estaban en pijama, cubiertos con una bata de franela y calzados con unas zapatillas de cuadros. El hombre sostenía con su mano temblorosa una vela encendida. La oscuridad en el descansillo era abrumadora. Cinco personas iluminadas por la luz de una linterna y de una vela. El resto, negro.

—Acabamos de llegar de viaje. ¿Qué tal estáis? —preguntó Fernando intentando mostrar calma—. ¿Sabéis qué ha pasado?

—¡Cuánto me alegro de que hayáis vuelto! —dijo el vecino acercando la vela a su cara—. Algo sabemos y no es bueno. Esta mañana, Pepi y yo nos hemos despertado sin luz y sin agua. Tampoco funcionaba el teléfono, ni la televisión, ni la radio. Hemos bajado al jardín para enterarnos qué pasaba. Abajo, junto a la fuente, había vecinos de nuestro portal y de los otros portales. Nadie sabía nada. Ni siquiera el presidente de la comunidad, que estaba al frente de la reunión. Al cabo de un rato han llegado dos agentes de policía en moto y nos han comunicado que una tormenta solar ha afectado a la Tierra. Han recomendado que cerremos bien las puertas de las casas para evitar robos y...

Jaime se abrió paso entre Fernando y Diego y se acercó al anciano, interrumpiéndolo.

—¿Han dicho dónde nos podemos informar?

—Sí —contestó la mujer—. Mañana por la mañana darán información en los lugares más céntricos de la ciudad.

Nora, Lucía y Marina salieron al descansillo a enterarse qué ocurría. La vecina, al ver a Lucía, la agarró con fuerza del brazo.

–Cariño, no sabes lo que me tranquiliza que hayáis vuelto. Eres como una hija para mí, y los míos están tan lejos... Dios quiera que estén bien.

–Seguro que sí –dijo Lucía acariciándole con ternura las manos–, y ya sabes, Pepi, que para cualquier cosa que necesitéis, estamos al lado. ¿Necesitáis velas o comida o...?

–Gracias, cariño, de momento, tenemos. Antonio y yo hemos decidido que hasta que vuelva la luz vamos a pasar las horas de oscuridad en la cama. Nos da miedo caernos y además en casa hace mucho frío. ¿Y tus padres? ¿Sabes algo de ellos?

–Espero que se estén arreglando bien. Ya sabes que papá se cayó hace un mes y tiene la cadera mal. Mañana iremos a Majadahonda a verlos.

La voz de Lucía se quebró y Fernando dijo que era hora de volver a casa a preparar la cena. Nora la agarró del brazo y juntas entraron en el piso.

–Tranquila, Lu, vamos a pensar que nuestras familias están bien. Dentro de lo que cabe, tú los tienes cerca.

Lucía se secó las lágrimas y miró con lástima a su amiga.

–Perdóname, Nora. Siento lo poco delicada que he sido contigo. Yo quejándome y mi familia vive a las afueras de Madrid, y tú, sin embargo, los tienes tan lejos.

Jaime y Diego se sentaron junto a las mujeres en el salón y Fernando fue a la cocina a preparar un aperitivo. Era un anfitrión detallista y siempre se ocupaba de atender a los invitados cuando recibían en casa. Acomodó a los niños alrededor de la mesa del comedor y les puso un plato con patatas fritas y otro con aceitunas. Les ofreció refrescos que todavía conservaban el frío de la nevera.

Aunque hacía muchas horas que no comían, Marina rechazó el tentempié. Llevaba un buen rato en silencio y no paraba de revolverse en el sofá. Su melena, rubia y lisa, se meneaba al compás de sus rápidos movimientos.

Jaime aconsejó que apagasen los móviles, para conservar la batería, y se quedaron a merced de las dos velas. La oscuridad enseguida afectó al estado de ánimo de todos. Nora se acurrucó junto a su marido. Tenía mucho frío por la falta de calefacción, pero sobre todo por el miedo. Sabía que Jaime estaba muy

nervioso, porque no paraba de chascarse los nudillos.

—Me preocupa que todavía no nos hayas hablado de las tormentas solares —dijo Nora apretándose fuerte a él—, y yo quiero saber qué son y qué nos puede pasar.

Jaime miró hacia la mesa, donde estaban los niños, y dijo:

—Creo que deberían ir a otro cuarto.

—Claro —dijo Fernando y se levantó al instante del sofá—. Chicos, coged las cartas. Os trasladáis al cuarto de Celia.

—Papá, en mi habitación no hay mesa para jugar —protestó la niña mirándolo con los ojos muy abiertos.

Fernando no cedió a la protesta de su hija y llevó a los niños al dormitorio. Una vez allí, pidió que se sentasen en la alfombra formando un círculo. En el centro, sobre un plato de postre, colocó la vela.

—Javi y Álvaro —dijo en un tono solemne—, sois los mayores, os dejo al cuidado de la vela.

Los niños lo miraron con cara de obediencia, pero en cuanto se quedaron solos echaron por lo bajo a suertes quién iba el primero al pasillo a escuchar a hurtadillas.

En el salón, Jaime hablaba acalorado:

—No es que os trate como a niños, Nora, es que no quiero asustaros. Todavía no tenemos una información real de lo que ha pasado.

—¿Te parece poco lo que acaban de contarnos los vecinos?

Todos miraron con expectación a Jaime, que se mostraba dubitativo.

—Ya que insistís os lo voy a explicar. El Sol varía de manera constante en ciclos de mayor y menor actividad. Esto se sabe por el número de manchas solares que tiene en su superficie. Las tormentas solares son fenómenos frecuentes, explosiones que se forman en la atmósfera del Sol y producen llamaradas solares.

—¿Llamaradas solares? —lo interrumpió Nora, separándose bruscamente de él—. Jaime, durante el camino no hemos visto ninguna llamarada en el cielo y tampoco hemos notado un calor

especial.

—Las llamaradas solares llegan como radiación electromagnética, no como fuego. El problema es que afectan al campo magnético de la Tierra, a las comunicaciones, tendidos eléctricos, satélites... No hay constancia de que hayan afectado al hombre a nivel físico.

—¿Ha afectado a la tierra alguna vez? —intervino Fernando.

—Las tormentas solares se han producido desde siempre. ¿Ninguno de vosotros ha leído nada sobre esto en internet? Desde hace años se publican noticias relacionadas con el tema. Hace un par de semanas emitieron en la tele un documental sobre una tormenta solar que hubo en Quebec, a finales de 1980, que provocó que una de sus plantas hidroeléctricas se detuviera más de nueve horas. Según contaban, las pérdidas fueron multimillonarias. ¿Habéis oído hablar del evento Carrington?

Todos negaron saber algo sobre tormentas solares: unos moviendo de un lado a otro la cabeza y otros diciendo que no. Además, coincidían en que era un tema al que no habían prestado atención.

—Llamaron así a una gran llamarada que afectó en 1859 a la tierra, incidiendo principalmente sobre Estados Unidos. Sus efectos fueron devastadores para las primeras redes de telégrafo que había en América y Europa, y se produjeron múltiples cortocircuitos e incendios en muchos lugares del planeta. Como curiosidad, se vieron auroras boreales incluso en el Caribe.

—¿Auroras boreales en el Caribe? —exclamó Fernando, mientras hacía tirabuzones en la melena de Lucía—. Es impensable.

—Lo sé, pero así fue —repuso Jaime contundente.

—¿Nos puede afectar la radiación? —preguntó Marina chirriando los dientes.

—No —contestó Jaime con seguridad—. Os repito, solo afecta al sistema eléctrico y a las comunicaciones. El problema es la dependencia tan grande que tiene la sociedad actual, de la tecnología.

—¿Y las centrales nucleares? —preguntó Nora alarmada—. ¿Pueden estallar?

—Nora, ¡por Dios!, no. Las centrales nucleares están programadas para detenerse ante la falta de electricidad y no volver a arrancar hasta que la corriente eléctrica se reestablezca.

—¿Y no se puede predecir? —preguntó Diego.

—Hay un satélite que vigila constantemente al Sol, pero está claro que no le ha dado tiempo a avisar. Si se supiese con suficiente antelación se podrían apagar los grandes generadores evitando que estos se quemen. Hay países que disponen de protocolos y que incluso protegen sus redes eléctricas desde hace tiempo, aunque, si la tormenta ha sido fuerte, no creo que haya servido para mucho. Daos cuenta de que hay que aislar todo el cableado. Pero bueno, no nos pongamos en lo peor, todavía no sabemos qué alcance ha tenido.

—¡En conclusión, Jaime —exclamó Diego elevando mucho la voz—, estamos jodidos! La puta tormenta ha frito nuestras redes. ¿Crees que habrá afectado a todo el planeta?

Jaime chasqueó con fuerza los nudillos de los dedos, mientras sus ojos se movían rápido de un lado a otro. Nora, al verlo tan inquieto, se alarmó todavía más. Lo conocía bien y sabía por el tono tan vago que empleaba que evitaba profundizar en el tema y responder claramente a las preguntas que le estaban formulando.

—Depende de la penetración —dijo mirando fijamente el fuego de la vela—. Las llamaradas se pueden quedar en los polos o, por lo contrario, atravesarlos y extenderse por toda la superficie del planeta.

—¿En cuánto tiempo estimas puede resolverse? —preguntó Fernando acariciando con dulzura a Lucía, que no dejaba de lloriquear.

—Eso no lo sé. El problema son los daños. Si son leves, me imagino que unos días; si son graves, meses o incluso años.

Nora miró pensativa a Jaime. Si la explicación de su marido era correcta, y la tormenta solar, grave, la situación sería muy compleja. ¿Cómo sobrevivirían? Pensó en sus hijos y se le aceleró el corazón, tanto que incluso sintió una punzada de dolor en el

pecho.

—No quiero oír nada más! —dijo Marina haciendo un amago de levantarse. Diego la sujetó haciéndola volver a sentarse en el sofá.

—Hasta que no tengamos más información es absurdo alarmarnos. Además, os vuelvo a repetir que todavía no sabemos exactamente qué ha pasado —concluyó Jaime.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo Nora cogiéndolo de la mano—. No deberíamos haberte forzado a contarnos todo esto. Vamos a casa, estoy agotada y los niños deben tener sueño.

—Claro, Nora y por favor no me hagáis caso. Seguro que no es tan grave y se resuelve en unas horas. ¿Qué os parece si nos reunimos mañana en casa y buscamos un punto de información? Imagino que lo pondrán en Colón o Cibeles.

Todos aceptaron la propuesta y quedaron en encontrarse al día siguiente a las once de la mañana en su casa.

Diego y Marina se levantaron. Marina no paraba de dar órdenes a sus hijos y a su marido. Repetía que vivían en un cuarto piso y se iban a ver en serios problemas para subir por las escaleras.

Fernando se ofreció a acompañarlos hasta la salida de la urbanización, pero Jaime lo detuvo.

—Con mi linterna llegaremos sin problemas. No gastes batería innecesariamente. Nora, chicos, nos vamos.

Tras despedirse de Diego y Marina en el jardín, Nora, Jaime y los niños caminaron despacio por el sendero que conducía a la calle. Una vez en el coche, Nora respiró aliviada. Las luces interiores le recordaron su vida anterior. Se miró en el espejo del retrovisor. Tenía los ojos enrojecidos de tanto forzar la vista.

Jaime giró la llave hasta la posición de arranque. El motor arrancó y de seguido se caló. Repitió el proceso varias veces, pero no arrancaba. De pronto, se fijó en el indicador de gasolina. El depósito estaba vacío.

—¡Qué hijos de puta! —gritó con rabia—. ¡Nos han robado la gasolina!

Los niños comenzaron a lloriquear.

—Tranquilos —dijo abriéndoles la puerta—. Vamos, salid. Esta noche no vamos a dormir en casa. Venga, volvamos al piso de Fernando.

Regresaron al edificio. La puerta del portal estaba cerrada y como no funcionaba el portero automático Jaime tuvo que llamar a Fernando a gritos. Lucía asomó la cabeza por la ventana de la sala.

—Ahora baja a abriros.

Una vez arriba, Jaime relató lo sucedido, los cuatro se miraron con desconcierto. Apenas llevaban unas pocas horas viviendo en esa situación y el desorden empezaba a imponerse.

Lucía se echó a llorar.

Fernando la envolvió en un abrazo. Era tan alto y sus brazos tan largos que ella, a su lado, parecía una niña. Le acarició la cabeza y el pelo, largo y ondulado.

—Lu, piensa en Celia, no debemos asustarla.

—Lo siento, Fer, pero esta oscuridad y este silencio me aterran. Además, no puedo dejar de pensar en mis padres. Desde que papá se cayó está postrado en una silla de ruedas.

—Tranquila, mañana, después de informarnos, vamos a Majadahonda. Venga, levanta ese ánimo, vamos a confiar en que todo se solucionará —mirando a Nora y Jaime preguntó: — ¿Qué os parece si preparamos una cena romántica? Celia —gritó a la niña, que estaba en su cuarto jugando con Javi y Borja—, coge la vela y venid con cuidado a la cocina. Vamos a preparar algo rico para cenar. ¡Estoy muerto de hambre.

CAPÍTULO IV

SEGUNDO DÍA EN LA OSCURIDAD

Los primeros rayos de luz de la mañana despertaron a Nora, que había pasado casi toda la noche en vela acostada en uno de los sofás del salón. En el otro dormía Jaime y Javi y Borja en el cuarto

de Celia. La niña dormía en la cama de sus padres.

La casa se encontraba en penumbra y en completo silencio. Nora permaneció en el sofá, evitando despertar al resto. Estaba agotada y deprimida. Durante la noche, un montón de ideas negativas le habían rondado por la cabeza. Miró a Jaime, dormía profundamente. Le encantaba su nariz ligeramente aguileña, su pelo liso, muy corto, su cuerpo atlético. Su marido era un gran deportista y practicaba todos los deportes que le permitía el poco tiempo libre que tenía.

Alargó la mano y le acarició con amor la cabeza. Jaime era el puntal de la familia, su fuerza, el que pensaba en todo y todo sabía resolver. Recordar esto le hizo sentirse mejor, él se encargaría de manejar la situación.

Poco a poco fueron despertándose todos. Primero Lucía y entre las dos prepararon el desayuno. En la casa hacía frío y se echaba en falta tomar algo caliente. Nora propuso hacer unos bocadillos de chorizo y queso para aportar energía.

A las diez en punto, tal y como habían acordado, las tres familias se encontraron en el jardín. Lo primero se dirigieron al garaje en busca de los coches de Fernando y Diego. La puerta exterior estaba abierta. Abajo la oscuridad era sobrecogedora, únicamente interrumpida por las linternas de algunos vecinos que al igual que ellos habían bajado a sus coches.

Diego entró en el coche y giró la llave, el motor no arrancó. El indicador de gasolina señalaba que el depósito estaba vacío. Hecho un basilisco salió gritando y tiró las llaves ruidosamente contra el suelo. A la vez que por su boca iban saliendo todo tipo de blasfemias y juramentos. Marina se le acercó y le pidió que dejase de chillar. Los niños lo miraron serios, alguno incluso se puso a lloriquear. Fernando confirmó que a su coche le pasaba lo mismo. Otros vecinos, desde otras zonas del garaje, se quejaban acalorados de que les habían robado la gasolina.

—¡Diego, contrólate! —dijo Jaime con rudeza—. No estamos para más historias. Niños, tranquilos, no pasa nada. Venga, en marcha, podemos ir hasta allí caminando. Calculo que nos llevará una hora y media. ¿Quién me ayuda con las maletas?

Tras unos minutos de confusión y deliberaciones, sobre todo por parte de Lucía, que veía sus planes de ir a Majadahonda echados por tierra, se pusieron en camino. Jaime, Diego y Fernando iniciaron la marcha arrastrando las maletas, detrás el resto. Recorrieron un tramo de la calle Arturo Soria, donde se encontraba

la urbanización. Era una zona residencial, con árboles y zonas verdes. Luego cruzaron la M30 por el puente de los Sagrados Corazones y llegaron a la calle Pio XII y de allí a Príncipe de Vergara. El caos era total. Sin semáforos regulando el tráfico, los coches circulaban en desorden y las personas cruzaban de un lado a otro de la calle sorteando motos, patinetes... El ruido era ensordecedor, bocinazos, gritos. Personas corriendo alborotadas por las aceras y militares armados con metralletas.

Pasaron por delante de bares y tiendas cerrados y por otros que la policía estaba precintando. Durante el trayecto presenciaron un par de incidentes violentos que asustaron mucho a los niños: ruidos estrepitosos de cristales rotos y a continuación personas saliendo a toda prisa de las tiendas con productos robados.

Tras la larga caminata se incorporaron a la calle Velázquez. El panorama era igual de desolador. Personas hablando en corrillos junto a las puertas de los portales, casi arrastradas por una marea humana que se dirigía desordenada a la puerta de Alcalá.

Entre empujones y ligeros choques con la gente, llegaron a la casa de Nora y Jaime. El portal tenía un aspecto señorial y era muy amplio. Tres escalones de mármol conducían al vestíbulo principal, iluminado por la luz que entraba a través de los cristales policromados de las ventanas de la escalera, y por el enorme ventanal de la zona de conserjería. Los peldaños de la escalera eran de madera oscura y estaban casi cubiertos con una alfombra roja. El pasamano era ancho y también de madera oscura.

A la izquierda de la escalera se encontraba la zona del conserje y en el otro extremo, al lado del ascensor, la puerta de acceso a la consulta de Nora. Ella trabajaba por las mañanas en el Departamento de Psiquiatría del hospital La Paz y por las tardes en su consulta privada. El deseo de tener un espacio propio donde ejercer como psicoterapeuta y además estar cerca de sus hijos era lo que había motivado el traslado de domicilio de Arturo Soria a Velázquez.

Cuando entraron en el piso hacía mucho frío. El cesto de la leña al lado de la chimenea estaba vacío. Jaime bajó al garaje a por unos leños.

Abajo, junto al grifo para el lavado de coches, había varios vecinos. Fredi, el del tercero, les mostraba cómo salía agua. Jaime se acercó, conjeturaron de dónde podía provenir. Tras recoger los troncos de la leñera, se dirigió a la consulta de Nora a comprobar si también salía agua por el grifo del cuarto de baño. Efectivamente salía. Subió al piso y comentó la novedad. Era una

buena noticia.

—Son las doce —dijo en un tono animado—, hay que ponerse en marcha. ¿Quién se apunta?

Lucía respondió que se quedaba cuidando de los niños y Marina alegó que le agobiaban las multitudes.

—Pues yo no me lo pierdo por nada —dijo Nora poniéndose el gorro y el abrigo—. Estoy impaciente por saber de qué va todo esto.

Fernando y Diego salieron detrás de ellos.

CAPÍTULO V

CIBELES

Nora, Jaime, Fernando y Diego se incorporaron a la inmensa marea humana que se dirigía desde todas las direcciones hacia el ayuntamiento. Nora agarró con fuerza la mano de su marido. Le angustiaba ser arrastrada por la gente y perderlo de vista. Con gran dificultad y entre empujones, gritos, lloros y desorden llegaron a Cibeles. Jaime eligió un lugar donde situarse y se puso a hablar con las personas que tenían a su alrededor.

—¿Se sabe a qué hora van a informar? —preguntó elevando la voz. El ruido era ensordecedor.

—Un agente de policía, por megafonía, ha anunciado que el ayuntamiento dará un comunicado a la una —respondió un hombre— ¿Vio el sábado por la noche la aurora boreal?

—No estaba aquí —dijo Jaime—. ¿Está seguro de que era una aurora boreal?

—Sí, enorme, roja difuminada, sobre el cielo de Madrid. Muchos la vimos y tengo que decir que nunca en mi vida he visto una imagen en el cielo tan bonita, ni...

—... ni tan inquietante —le interrumpió otro hombre.

—Yo también la vi —se sumó una mujer, y varias personas que estaban a su lado lo corroboraron.

Un hombre escoltado por varios soldados armados con metralletas salió del ayuntamiento. Delante de la puerta principal

había una plataforma metálica a la que accedió subiendo por unas escalerillas. A través de un altavoz de batería se escuchó su voz. Al principio tenue y luego potente. Pidió silencio a la multitud. El gentío obedeció y un silencio aplastante invadió ese lugar de la ciudad.

—Como portavoz del Gobierno me dirijo a ustedes para informarles sobre lo que ha sucedido y las acciones de emergencia que se están llevando a cabo y las que se van a llevar.

<<El pasado sábado por la noche, una tormenta solar de gran intensidad incidió sobre la Tierra. Se sabe que todo el planeta está afectado, porque unos minutos antes de que cayesen los satélites, y se interrumpiesen el sistema eléctrico y las comunicaciones, se estableció un último contacto entre los diferentes países. La situación general es muy comprometida y no se puede predecir cuándo volverá la normalidad. Por todo esto, se ha constituido un gabinete de urgencia y se ha decretado el estado de excepción y la militarización de determinados servicios que permitan garantizar unos mínimos a toda la población. A continuación, les voy a comunicar las órdenes que entrarán en vigor a partir de este momento.

Primera: hasta nueva orden se declara el toque de queda desde las cinco de la tarde hasta las ocho y media del día siguiente. A medida que pasen los días y aumenten las horas de luz se modificará dicho horario.

Segunda: se interrumpe el mercado de divisas.

Tercera: los establecimientos sanitarios; públicos y privados, quedan a partir de este momento bajo la administración del Gobierno. Todos los ciudadanos deberán dirigirse al centro de salud más cercano a su lugar de residencia para recibir atención profesional y medicamentos.

Cuarta: los establecimientos alimenticios: tiendas, almacenes, bares, restaurantes quedan bajo el control directo del Gobierno. A partir de mañana se empezarán a distribuir alimentos en una serie de locales que se están habilitando para ello en los barrios. En cada distrito habrá un punto de información donde se les atenderá personalmente. En estos momentos se está trabajando en muchos puntos de la ciudad para que mañana todo esto sea posible. Deberán acudir allí a censarse y a recoger una cartilla acreditativa. Repito, no es opcional. En cualquier momento, personal militar o de la policía podrán exigir la presentación de dicha documentación. El ciudadano que no la aporte pasará automáticamente a disposición de las fuerzas de seguridad del

Estado.

Quinta: los establecimientos comerciales: tiendas y grandes almacenes, también quedan bajo el control y la vigilancia del Gobierno.

Sexta: los ciudadanos censados están obligados a aceptar el trabajo que les asignen las autoridades.

<<Desde el Gobierno queremos transmitir nuestro más profundo pesar por lo que está sucediendo y pedir que mantengan la calma y el orden para que entre todos, con el esfuerzo de un trabajo compartido, repararemos cuanto antes los daños tan devastadores que está ocasionado la tormenta solar en nuestro país.

El hombre apagó el altavoz, bajó de la plataforma y regresó al ayuntamiento. La gente se empezó a mover y a hablar de forma agitada, y un murmullo atronador invadió la plaza de la Cibeles. Cientos de personas llorando, gritando, rezando...

A Nora, Jaime, Fernando y Diego les costó salir de la multitud tumultuosa y regresar a la casa. Los cuatro caminaban empujando o dando codazos a la gente para que los dejase avanzar.

Una vez en el piso, Jaime explicó a Lucía y a Marina lo que había expuesto el portavoz del Gobierno. Lucía se echó a llorar desconsolada, Fernando se acercó a calmarla. Marina gritó que quería irse a casa de sus padres. Los niños, que estaban jugando en el cuarto de atrás, al oír las voces, fueron a hurtadillas al pasillo.

Nora los invitó a quedarse a comer.

—Si salís a las tres y media tendréis tiempo de sobra para llegar a casa antes del toque de queda. Es más fácil que demos de comer a los niños aquí.

—Nora tiene razón —dijo Diego a su mujer—, cálmate.

—Me parece buena idea —confirmó Fernando abrazando a Lucía—. No podemos ir a Majadahonda y estar con vosotros me tranquiliza. Además, es la hora de comer.

Nora fue en busca de una cazuela y pidió a Jaime que bajase a la consulta a coger agua. Los niños estaban serios y se sentaron en los sofás del salón. Celia lo hizo junto a su madre, que la

estrechó fuerte contra su cuerpo.

—Lo siento, mi niña —lloriqueó Lucía—. Sabes que soy una miedica, pero tú te pareces a tu padre. Qué suerte tengo de tener a dos valientes a mi lado.

Celia cerró los ojos y no dijo nada. Su actitud denotaba una entrega incondicional a una madre que le pedía que fuese valiente y no se dejase llevar por el miedo.

Nora miró a Lucía y sintió pena por ella. Sabía que era una buena persona, una excelente mujer y mejor madre, una amiga generosa y cercana, pero también que era débil y necesitaba tener a alguien que tirase para adelante con su vida. Se sentó junto a ella e intentó animarla.

—Solo estamos a una hora y media caminando y además tenemos bicicletas. Mientras el Gobierno no nos ocupe en nada, podremos vernos cuanto queramos. Unos días vamos nosotros allí y otros venís vosotros.

Lucía asintió con la cabeza. Se secó las lágrimas con el pañuelo.

Nora y Jaime no eran partidarios de que sus hijos escuchasen sus preocupaciones, Diego y Marina tampoco. Pidieron a los niños que fuesen a la salita hasta que estuviese preparada la comida. Fernando y Lucía, por lo contrario, compartían con su hija casi todo. Celia era una niña muy madura para su edad y no se separó de su lado.

Marina rompió el momento de calma hablando acalorada de lo mucho que le estaba crispando la falta de agua. Era extremadamente escrupulosa y le gustaba tener todo impecable.

—El cuarto de baño de casa olía mal y llevo dos días sin ducharme ni lavarme el pelo.

Nora le ofreció bajar a la consulta a lavarse, pero Jaime la frenó.

—No sabemos cuánto agua queda así que dejaos de chorradas. No os quiero asustar, pero aprovecho el comentario de Marina para deciros que, si no vuelve la luz, en unos pocos días las conducciones de fecales empezarán a desbordarse. Sin bombas que movilicen las aguas, las fecales no podrán retirarse.

—Jaime, no te pases —intervino Diego aspirando con fuerza el

humo de su cigarrillo—, espero que haya generadores de reserva.

—Diego, no digo que no, pero coincidirás conmigo en que habrá en una cantidad irrelevante. Fíjate lo rápido que se ha organizado el Gobierno. Mañana pasaré por la oficina y por la tarde nos acercamos a la urba y os cuento.

—Espero que no tengas razón —dijo Marina a Jaime, frotándose las yemas de los dedos—. Tal y como lo cuentas parece el fin del mundo. ¡No quiero oír nada más!

Nora se giró hacia ella y le habló de forma pausada. Sabía, por su profesión, qué tono emplear para tranquilizar a la gente.

—De momento no nos queda más remedio que adaptarnos a vivir de otra manera. Piensa que es algo temporal. Esto es lo importante.

—Eso piénsalo tú, Nora, que para eso eres psiquiatra —respondió Marina en un tono agresivo—. Para eso servís los loqueros, ¿no? Para ti será fácil aceptarlo, pero no para mí. ¿Sabes? Yo solo quiero despertarme de esta asquerosa pesadilla. Hay momentos en que no sé si estoy despierta o dormida. No puedo soportarlo. ¿Me entiendes? ¡No quiero vivir así!

Desde el día anterior, en el hotel rural, Marina parecía una persona diferente: del aspecto tan cuidado que tenía siempre, bien arreglada y maquillada, a estar con el pelo sucio, unas ojeras profundas y la cara completamente descompuesta.

—Por lo menos estamos sanos —intervino Lucía intentado rebajar la tensión entre las dos—. No sé qué será de la gente que dependa de un tratamiento hospitalario o un medicamento de nevera.

Este comentario hizo que Nora pensara en los diabéticos y su necesidad de inyectarse insulina a diario, en los pacientes psiquiátricos como los que atendía en el hospital, en los de diálisis...

—Estoy de acuerdo con Lucía —dijo entornando los ojos—. Los primeros afectados serán las personas con mayores dependencias sanitarias. Aprovecho para deciros que una de las mejores prevenciones contra las enfermedades es la higiene de manos y mientras salga agua del grifo de abajo, aunque sea con unas gotas podemos...

—¡No sigas! —le gritó Marina completamente fuera de sí—. Es lo último que me faltaba por oír. Primero me ofreces bajar a lavarme y ahora unas gotitas. ¡Anda ya!

—Eh, chicas, no os enfadéis —intervino Fernando en tono conciliador.

Marina era muy nerviosa y cuando algo salía de su control decía lo primero que se le ocurría.

—Dejémonos de discusiones tontas —cortó Jaime mirándola serio—. Marina, te repito, no es momento para chorradas. Cambiando de asunto, ¿qué os parece si dejamos lo de la urba para otro día y volvemos a reunirnos mañana por la tarde aquí? Igual dan otro comunicado en Cibeles y además os contaré lo que se haya hablado en la oficina.

—Me encantaría —dijo Fernando al momento—, pero tenemos el toque de queda. No me la juego. La calle está llena de militares.

—Os podéis quedar a dormir aquí —dijo Nora—. Tenemos sitio de sobra.

—Yo tengo claro que lo primero que voy a hacer mañana, incluso antes de ir al punto de información, es ir a ver a mis padres —saltó Marina enrabiada— Lucía, ¿es que no vais a ir a ver a los vuestros? No entiendo cómo me he dejado liar y estoy aquí en vez de estar en su casa junto a los míos.

—Pues claro que vamos a intentar ir —respondió Lucía en un tono rudo, nada habitual en ella que era todo suavidad y dulzura—. Pero no sé cuándo, ni cómo. Me parece difícil llegar a Majadahonda sin coche. Tú lo tienes más fácil, vivís cerca.

A Nora esta conversación le hizo pensar en su familia y en la imposibilidad de comunicarse con sus padres. Sentada frente a la chimenea dejó la vista perdida mientras contemplaba el fuego. Una emoción amarga le subió por la garganta y tuvo que hacer un gran esfuerzo para contenerla. No quería que su marido y sus amigos la viesen llorar.

—Es tremendo lo que está sucediendo —dijo de pronto—. No somos capaces ni de conseguir comida. Madrid puede acabar convirtiéndose en una ratonera.

—Aprovecho tu reflexión —dijo Jaime removiendo el fuego con el atizador—, para recomendaros que cerréis bien las tapas de los retretes y los desagües de los lavabos y las bañeras. Los primeros

visitantes que podemos tener y, chicas, no quiero asustaros, son ratas, ratones y cucarachas.

—¡No aguanto más! —gritó Marina con la cara desencajada—. Yo me largo. Ya he oído bastante por hoy. Diego, si quieres, vienes conmigo, si no, me voy sola.

Fernando miró el reloj, era hora de marcharse.

—Arriba, Celia, nos vamos a casa —zarandeó suavemente a la niña, que dormitaba en el brazo de su madre—. Jaime, mañana traigo un par de botellas de vino para la cena. Si no surge ningún imprevisto, llegaremos antes de las cinco.

Nora abrió uno de los cajones del escritorio de madera y le entregó a Fernando un juego de llaves por si llegaban antes que ellos. A Marina no le miró. Le habían hecho demasiado daño sus palabras.

La tarde fue avanzando. Nora, Jaime y los niños se quedaron adormilados en los sofás. Envueltos por la penumbra, el silencio y el crepitar del fuego, el tiempo parecía haberse detenido. A Nora le angustió tanta quietud. Su mente, activa, no lo soportaba.

A las ocho de la tarde, agotada de no saber qué hacer, o de no poder hacer nada de lo que le apetecía, propuso que se fuesen a dormir. Jaime acompañó a los chicos a su cuarto.

—Antes de meteros en la cama, ayudadme a mover las camas. Vamos a colocarlas al lado de la ventana. La Luna os ayudará a orientaros.

—Papi, ¿y si tenemos ganas de hacer pis por la noche? —preguntó Javi abriendo mucho los ojos.

—Tranquilo, voy a poner un balde en cada cuarto.

—Pero si no vemos nada, ¿cómo lo encontraremos? —insistió el niño.

—¡A ver, Javi! ¡Despierta tu imaginación! Hay que desarrollar el sentido del tacto. Solo utilizaremos las velas o las linternas en

situaciones de emergencia.

Esa noche, el cielo estaba completamente raso, salpicado de estrellas. La pequeña luna brillaba con fuerza. En la casa hacía mucho frío y el calor de la chimenea no alcanzaba a calentar los dormitorios.

Jaime se quedó un rato con los niños y les contó varios cuentos. Los dos le agarraban con disimulo de la chaqueta del pijama para que no los dejase solos.

Cuando se metió en la cama, envolvió a Nora en un profundo abrazo. A pesar del edredón, tiritaba de frío. Durante un rato repasaron en voz alta todo lo que les había sucedido desde el viaje al hotel rural y Jaime le confesó que la situación era muy grave. Hablaron del futuro y cómo se organizarían para sobrevivir. Después se quisieron como si hubiesen estado años separados y durmieron abrazados bajo la luz de la pobre luna.

CAPÍTULO VI

EL CENSO

La mañana amaneció con un cielo color gris plumizo que amenazaba nieve. Nora salió de la cama con cuidado de no despertar a Jaime, que dormía apaciblemente hecho un ovillo.

Antes de ir a la sala de estar pasó por el dormitorio de los niños, que también dormían. Tanto la sala como el cuarto de los chicos daba a un jardín interior, al que daban otros tres edificios. A Nora le gustaba mirar a través del ventanal. El verdor de la hierba, humedecida por el rocío, la trasladó por unos instantes a la casa de sus padres. Se le empañaron los ojos al pensar cuándo volverían a verse.

Jaime y los niños se levantaron pronto. Mientras desayunaban, Borja se tocó la tripa y dijo que quería hacer caca. Nora miró a Jaime interrogante, le cedió decidir cómo lo iban a resolver. Él era muy resuelto, parecía que nada se le ponía por delante. Se levantó, recogió los baldes con la orina y la vertió en uno de ellos. Luego colocó el balde vacío sobre uno de los retretes.

—Tranquilos, chicos, que no cunda el pánico. Nora, pásame dos servilletas de papel. Voy a poner una servilleta en el fondo del balde. Borja, haz la caca encima de la servilleta y límpiata con la

otra.

Cuando el niño acabó, Jaime envolvió la caca entre las dos servilletas.

—Hoy lo hago yo —dijo moviendo el paquetito como si fuese algo delicioso—, pero a partir de ahora cada uno a lo suyo.

Javi y Borja se echaron a reír. Nora también se rio. Pensó que era una suerte vivir con alguien tan positivo, con Jaime los problemas se resolvían como por arte de magia. Nunca perdía el sentido del humor.

Cuando regresó al piso, los tres lo abordaron impacientes por saber dónde había dejado el paquete.

—En un primer momento he pensado tirarlo en la alcantarilla de al lado del portal —guiño un ojo—, pero he tenido que cambiar de idea. En la acera había una cola enorme de gente y no me ha parecido oportuno.

—¿Una cola de gente? —preguntó Nora abriendo mucho los ojos—. ¿Adónde van?

—Un señor me ha dicho que han puesto el punto de información en la Oficina de la Junta Municipal del distrito de Salamanca. Tenemos que darnos prisa.

—Papi, ¿qué has hecho con la caca? —preguntó Borja—. Has tardado mucho.

—He cavado con la pala del garaje un agujero en el jardín. Venid a la sala y os lo enseño.

En el centro, junto al tronco de un árbol, había tierra removido, rodeada por unas piedras.

—Desde luego, Jaime, ingenio no te falta —suspiro Nora— Esperemos que les parezca bien a los vecinos y hagan lo mismo.

Se abrigaron para ir al punto de información a censarse. Tuvieron que retroceder varias manzanas de casas para ponerse a la cola. En la calle hacía mucho frío.

—Si queréis volved a casa —dijo Jaime frotándose las manos—. Aquí tenemos para un buen rato.

–Yo me quedo contigo, papi –dijo Borja dándole la mano.

–Yo también –se sumó Javi.

Nora miró a su marido a los ojos y metió la mano en el bolsillo de su chamarra. Era una costumbre que tenían desde que eran novios. Jaime le devolvió la mirada y jugueteó con sus dedos dentro del bolsillo. Entre los dos circulaba una fuerza capaz de soportar cualquier adversidad.

El rato que estuvieron en la cola lo pasaron hablando con las personas que tenían a su alrededor. La gente se mostraba alterada. Unos hablaban a gritos, otros se mantenían en silencio, y unos pocos intentaban saltarse la cola. La preocupación principal entre la mayoría era saber cómo se iban a comunicar con sus familias, cómo iban a conseguir comida, medicamentos.

A la una del mediodía, los cuatro entraron en el local de la Junta Municipal. Se encontraba a pocos metros de casa y, sin embargo, los había llevado más de tres horas llegar. Antes de entrar en la oficina, recorrieron un pasillo recubierto por un tejadillo abovedado y traslúcido al que daban dos puertas acristaladas. Tras una de ellas había una sala repleta de gente.

La Oficina de la Junta Municipal se encontraba en penumbra, iluminada por la luz que penetraba a través de las claraboyas del techo y de la puerta de entrada. Además de las velas que lucían sobre cada uno de los doce mostradores de atención al público.

Nora se quitó el gorro y la bufanda. Dentro de la oficina había mucha gente. Cuando llegó su turno, los atendió un funcionario de semblante serio que con una voz apagada les pidió la documentación. Jaime puso los cuatro carnets de identidad sobre el mostrador. El funcionario observó con detenimiento las fotografías, para comprobar que eran ellos, y anotó en una libreta, con una letra clara y cuidada, los nombres de cada uno de los cuatro. También preguntó a Jaime y Nora por su profesión y lugar de trabajo. Tras unos minutos escribiendo, entregó una cartulina firmada que a partir de ese momento haría las funciones de cartilla de identificación y racionamiento.

–Para retirar los alimentos y la bebida deben ir con esta cartilla a la Fundación March –dijo el hombre peinándose el bigote–. Se encuentra en la calle Castelló, a pocos metros de aquí.

–¿Cuándo empezará el reparto? –preguntó Jaime.

—No siendo una situación de especial urgencia —contestó bostezando—, la entrega comenzará dentro de unos días. Se necesita tiempo para organizar todo y en la mayoría de las casas hay reservas para pasar por lo menos un par de días sin necesidad. Veo que son ingeniero y médico. Antes de marcharse, pasen por aquella mesa. Me imagino que los van a necesitar.

Se situaron en la nueva cola. Nora miró con ansiedad a Jaime. La petición del funcionario le había cogido por sorpresa. No había imaginado que les fuesen a asignar un trabajo tan pronto.

—¿Y si nos vamos? —preguntó mordiéndose el labio inferior.

—Nora, no podemos hacer eso. Si nos necesitan, nos vendrán a buscar a casa. Acabamos de decirle dónde vivimos.

—Dios mío, Jaime, tengo un mal presentimiento.

Los dos niños miraron con cara seria a sus padres. Ver a su madre tan asustada les producía una gran inquietud.

Cuando llegó su turno, Jaime entregó a la funcionaria la nota que el otro funcionario había escrito junto a las cartillas de racionamiento. La mujer era de mediana edad, llevaba unas gafas muy grandes, con una montura ancha y negra. A Nora le llamó la atención su pelo, de un tono castaño canoso, todo revuelto y muy rizado. Y su cara pálida y ojerosa. La funcionaria sacó unos listados, tenía orden de movilizar de inmediato a todo el cuerpo sanitario de la ciudad y también al técnico.

—¿Eso qué significa? —preguntó Nora con la voz atragantada.

—En su caso, usted tiene que personarse el lunes a las nueve de la mañana en el centro de salud de Castelló. Necesitan un médico. Allí le darán las instrucciones pertinentes.

—Pero yo soy psiquiatra...

—¿Y? ¿Qué me quiere decir con eso? Señora, yo cumplo órdenes, y le recomiendo que usted haga lo mismo.

Nora sintió cómo se le aceleraba el corazón. Un sudor frío le recorrió el cuerpo.

—Y respecto a usted —dijo dirigiéndose a Jaime—, vaya a la sala de espera y únase al grupo de hombres. En unos minutos pasará una

patrulla de policía a recogerlos.

—¿Una patrulla de policía? ¿Para qué? —preguntó Nora agarrando fuerte el brazo de su marido— ¿Adónde se los llevan?

—De momento, al ayuntamiento. Señora, cálmese. Nos encontramos en un estado de emergencia y es obligación de todos colaborar donde se nos requiera.

—Sí, sí, lo comprendo, pero es que no tenemos familia en la ciudad: ¿con quién vamos a dejar a los niños? Son pequeños para dejarlos solos en casa.

—¡Solos, no! Cuando salga de aquí, diríjase al colegio El Loreto, en la calle Príncipe de Vergara. A partir del lunes, la escuela recibirá a los niños de la zona. Y ahora, por favor, muévanse. Hay mucha gente esperando.

Javi agarró con fuerza la mano de su madre y Borja empezó a lloriquear. No dejaba de moverse inquieto de un lado a otro.

La sala de espera era rectangular, no muy grande, y con varias filas de asientos ocupando prácticamente todo el espacio. Había más claridad que en la oficina porque uno de los laterales de la sala lo formaban las dos puertas acristaladas que daban al pasillo de la entrada. Nora sintió que le estaba pasando todo su futuro por delante. Una náusea ácida le oprimió con fuerza la boca del estómago y se echó a llorar. Por mucho que intentaba controlarse, la situación la desbordaba.

Jaime le acarició la cabeza y la besó en la frente.

—Nora, cálmate. Estás asustando a los niños.

Se agachó y en cuclillas explicó a sus hijos que tenía la obligación de colaborar con el Gobierno.

—Vamos a buscar un sitio donde sentarnos —apremió a los chicos.

Como no había sillas libres, tuvieron que quedarse de pie. Hombres, mujeres y niños esperaban con un gesto de preocupación a que llegase la patrulla de policía. Algunos hablaban acalorados con la gente de alrededor, y otros, por lo contrario, permanecían en silencio.

Cuando llegó la patrulla, Nora se agarró con fuerza a Jaime.

–Prométeme que llegarás a cenar.

–¡Pues claro! Venga, chicos, acompañad a mamá y portaos bien. Nos vemos en un rato.

Los agentes de policía pidieron a los hombres que se pusiesen en fila y amonestaron a varias mujeres que se agarraban a sus maridos y no querían dejarlos marchar. Una mujer sufrió un ataque de ansiedad y se puso a gritar histérica y a dar patadas al suelo. Nora se acercó a ayudarla, pero un agente la apartó.

Tras el incidente, los hombres abandonaron la Oficina de la Junta Municipal. Nora, con los niños sujetos de la mano, salió detrás de ellos. Desde la calle, con los ojos anegados en lágrimas, se despidió con la mano a Jaime. Luego lo perdió de vista.

De camino al nuevo colegio de los niños, Nora vomitó en la acera. Estaba tan mareada que tuvo que sentarse en el escalón de la entrada de una casa. Los niños la miraron asustados. Cuando se recuperó, reanudaron la marcha.

Fieles a la costumbre de respetar las normas de tráfico, cruzaron por el semáforo al otro lado de la calle Príncipe de Vergara, aunque estaba apagado. En el jardín del colegio se encontraron con padres que hablaban acalorados junto a la puerta de entrada. Nora no conocía a nadie, ni tampoco Javi y Borja, que estudiaban en el Colegio Alemán.

En el vestíbulo, una funcionaria los acompañó al salón de actos. Estaba lleno de gente y tuvieron que sentarse en la última fila. Borja era tan pequeño que los pies le quedaban colgando de la silla. La sala estaba en penumbra, solo iluminada por unas velas que lucían sobre la mesa del estrado.

–... y quiero pedir a profesores y alumnos que el lunes den un buen recibimiento a los chicos del barrio que se van a incorporar a nuestras aulas –dijo la directora del colegio desde el atril–. En unos minutos procederemos al registro. Aprovecho para informarles que la alimentación de los chicos está asegurada: se les dará desayuno, comida y merienda.

A Nora le gustó la directora, le pareció fuerte y cercana. Hizo que disminuyese la aprensión que tenía por dejar a sus hijos en manos de desconocidos.

Al acabar la presentación, caminaron hacia la Fundación March. Tuvieron que ponerse a la cola que comenzaba una manzana de casas antes de la puerta de entrada. Les llevó casi una hora llegar

a la recepción. Nora no dejaba de mirar su reloj de pulsera. Faltaba poco para que empezase el toque de queda. Los niños no dejaban de quejarse. Estaban cansados y tenían hambre: desde el desayuno llevaban sin comer ni beber nada.

El ruido en la zona de recepción era atronador. Hombres, mujeres y niños hablando entre ellos y con la gente de alrededor. Tanto a la izquierda de la entrada principal como a la derecha había un mostrador con varios funcionarios atendiendo. Enfrente, uno circular, más pequeño, con agentes de seguridad.

Nora explicó a una funcionaria que el Gobierno le había movilizado para trabajar en un centro de salud y le resultaría complicado ir a diario a recoger los alimentos.

—No se preocupe por esto —le respondió afable—, tenemos orden de hacer excepciones con las personas movilizadas. Ahora le daré comida y bebida suficiente para toda la semana. En caso de que un día no pueda venir, los niños pueden venir solos: veo que viven cerca de aquí. Chicos, ¿sabréis ir y venir de casa?

—Sí —contestó Javi mirándola con los ojos muy abiertos.

Nora miró apenada a su hijo. Sintió que en esos días estaba creciendo mucho más rápido de lo que había crecido en los últimos años. Se lamentó porque sus responsabilidades no hubiesen hecho nada más que empezar. Le acarició la cabeza, Javi le sonrió. Era un niño dócil y educado.

—Anímese y no se preocupe. Si algún día vienen solos, que pregunten por mí. Me comprometo a ayudarlos personalmente o a solicitar que alguno de mis compañeros los atienda.

—Se lo agradezco —respondió a la funcionaria—. No se imagina lo que me tranquilizan sus palabras.

Se pusieron en marcha y cargaron entre los tres las bolsas con los alimentos. Varias personas de la cola increparon a la funcionaria al ver la cantidad de cosas que les habían dado.

—¡Orden, orden! —gritó uno de los agentes de seguridad—. Esta mujer está reclutada por el Gobierno.

Varios aceptaron la explicación sin protestar, pero otros muchos se mostraron disconformes. Ante esto, dos agentes de seguridad tuvieron que acompañar a Nora y a los niños hasta la

calle.

Caminaban rápido por la calle Castelló. En parte por miedo a que les robasen la comida y en otra, porque eran más de las cuatro y media de la tarde. Las bolsas de alimentos les pesaban en las manos y enrojecían sus palmas. La funcionaria había puesto tres botellas de agua mineral de litro, dos envases grandes de zumo de piña y dos botellas de leche. Éste era todo el líquido que tendrían para repartir entre los cuatro hasta la semana siguiente. Un cuarto de litro por persona y día. De sólido llevaban una tableta de chocolate, una caja de galletas, un trozo de queso y dos manzanas. Con esto hubiesen pasado necesidad, pero la despensa de la casa estaba bien surtida.

Mientras subían las escaleras, Nora escuchó voces en el interior del piso. Estaba ansiosa por saber si se trataba de Jaime. Llevaba todo el día inquieta por saber de él.

Abrió la puerta atropellada y entró corriendo en el salón. En uno de los sofás estaban sentadas Lucía y Celia. Fernando estaba en cuclillas removiendo con el atizador los leños recién prendidos.

—Hola, chicos, ¿ha llegado Jaime?

—Hemos llegado hace un rato y no le hemos visto —respondió Lucía—. ¿Ha pasado algo?

Nora se sentó junto a ella. Estaba tan angustiada que se le atoraban las palabras. Además, su cara estaba muy pálida, parecía que de un momento a otro se fuese a desvanecer.

—¡Qué preocupación! —dijo mordiéndose el labio inferior—. ¡Se lo han llevado!

—¿Adonde? —preguntó Fernando dejando a un lado el atizador y acercándose a ellas.

Nora relató paso por paso lo sucedido en la Oficina de la Junta Municipal.

—El lunes tengo que presentarme en el centro de salud de Castelló. La funcionaria me ha comunicado que necesitan un médico y aunque le he contestado que soy psiquiatra no ha parecido importarle.

—Por lo menos está cerca de casa —dijo Lucía intentando

animarla—. ¿Y qué vas a hacer con los niños?

—Los he inscrito en El Loreto. Es el colegio que nos toca por zona. ¿No os parece increíble la velocidad a la que se está moviendo el Gobierno? Me asusta el control. Hay policías y soldados armados por todos lados. Cualquiera se atreve a decir algo. Lo peor es lo de Jaime, no sé a dónde lo han llevado.

—No quiero alarmarte —dijo Fernando cogiéndola con cariño de la mano—, pero al ser ingeniero eléctrico y trabajar en una empresa de electricidad, lo pueden haber llevado a cualquier sitio.

—¡Fernando! ¡Por Dios! —gritó Lucía irguiéndose en el sofá—. ¡Cómo le dices eso a Nora! ¿Es que quieres preocuparla más?

—Tranquila, Lu, prefiero hablarlo —intervino Nora—. Necesito hablarlo. No puedo quitármelo de la cabeza. Estoy tan angustiada que me cuesta respirar. Aunque me ha dado su palabra, seguro que no llega a cenar. Creedme, no puedo con esto sola. ¿Qué voy a hacer con dos niños pequeños? No tengo a nadie a mi lado. Ni a mi familia ni a vosotros.

Nora se rompió por completo. Lucía intentaba consolarla mientras Fernando llevó a los niños a la salita de estar.

—Nos tienes para lo que necesites —dijo al regresar al salón—. Somos tu familia en Madrid.

Cuando recuperó el aliento, preguntó cómo les había ido a ellos y a Diego y Marina.

—Yo tengo que dar clase en el colegio donde hemos inscrito a Celia y Lucía a trabajar en la oficina del censo.

—¿Y Diego y Marina?

—A Marina de momento nada y a Diego lo han reclutado para abrir pozos de agua.

—¿Pozos de agua? ¿Dónde? —preguntó Nora mirándolo con interés.

Fernando carraspeó antes de la explicación. Se percibía por el tono ronco que llevaba todo el día hablando.

—A lo largo de la Castellana, de norte a sur, discurre un arroyo subterráneo; el canal de las Pascualas. El riachuelo forma un acuífero debajo de la Cibeles. Aparte de proporcionar agua a la

fuente, protege la cámara acorazada del banco de España.

—Nunca había oído hablar de esto —dijo Nora y Lucía confirmó que ella tampoco— ¿Van a abrir pozos de agua en la Castellana?

—Sí, eso nos ha contado Marina.

En el salón empezó a oscurecer. La única luz era la poca que quedaba de la tarde y la del fuego de los leños ardiendo en la chimenea. Nora cogió las velas de la bolsa de los víveres. Había cinco. Colocó una en un plato de postre y la prendió. Los niños gritaron desde la sala de estar que no veían nada. Nora pidió a Fernando que les llevase otra vela. Luego, imitando lo que había visto hacer a Ludi, la encargada del hotel rural, puso a hervir agua en una cazuela para cocinar macarrones.

Antes de sentarse a cenar, salieron unos minutos a la terraza. La vista del exterior era impactante. La oscuridad era tan profunda que no les permitía ver la calle, ni las casas de enfrente. Apenas, en la distancia, se divisaba algún punto naranja que parecía la llama de una vela. Lucía se echó a llorar. Decía que la oscuridad la asustaba. Nora, por lo contrario, no se mostraba afectada por la falta de luz. Su única obsesión era que su marido regresase a casa.

El fuego de la chimenea caldeó el salón y el comedor. Las dos estancias estaban separadas por unas puertas correderas. Como en la cocina hacía mucho frío acordaron cenar en la mesa del comedor. Así estaban más cerca de la chimenea. Fernando abrió una de las botellas de Rioja que había prometido el día anterior y sirvió una copa a las mujeres.

Hasta pasada la medianoche los tres estuvieron conjeturando sobre el posible paradero de Jaime. Nora se resistía a acostarse, insistía en que se quedaba esperándolo. Al final, ante la insistencia de sus amigos, tuvo que acceder a irse a dormir.

Pasó la noche inquieta, en estado de permanente alerta. Atenta al mínimo ruido que sugiriese que Jaime había regresado a casa. Hubo momentos en que tuvo taquicardia, otros de hiperventilación, sudor frío, calor, retortijones. Pero la mañana llegó sin noticias de Jaime.

Se levantó más angustiada que cuando se había acostado. Estaba en estado de shock. No sabía qué pensar, qué hacer. No tenía fuerza para afrontar la mañana, ni el mediodía, ni la tarde, ni la noche. Si la situación le había parecido difícil con Jaime, sin él, resultaba imposible. Echó profundamente de menos a su familia.

En ese momento los necesitaba a su lado. Fernando y Lucía, en un rato, regresarían a su casa. Por mucho que se habían prometido verse a menudo, ella era consciente de que sería difícil. La distancia entre las casas, el trabajo de cada uno, el toque de queda dificultarían el encuentro. Metió la cabeza debajo del edredón para ahogar el llanto. No quería que sus hijos ni sus amigos la oyesen llorar. En medio de la desesperación intentó recordar los consejos que había dado en los últimos años a sus pacientes, para ayudarlos a manejar sus emociones. Para su pesar, para sí misma no era capaz de aplicar ni uno solo.

Tras el desayuno, llegó el momento de la amarga despedida. Nora y Lucía lloraban abrazadas. Se repetían que nada en el mundo las podría separar. Se despidieron con promesas de verse a menudo, con palabras que las vinculaban en profundidad.

CAPÍTULO VII

CUENCA DEL TAJO

Jaime y el resto de los hombres fueron conducidos de la oficina de la Junta Municipal al ayuntamiento. Recorrieron la calle Velázquez y bordearon la puerta de Alcalá. En el vestíbulo principal había un grupo de hombres escuchando a un representante del Gobierno.

—... y entre ustedes hay ingenieros, aparejadores, electricistas, albañiles, fontaneros. En unos minutos los trasladaremos a la central hidroeléctrica del Tajo. Es urgente que se realice una primera evaluación de los daños.

Jaime se hizo un hueco entre la gente para escuchar las palabras del representante con atención.

—¡Paco! ¡Qué sorpresa! —dijo dándose la vuelta al sentir que alguien los tocaba en la espalda.

—¡Macho, no sabes cuánto me alegro de verte! Me estaba agobiando ser el único de la empresa metido en este lío.

Los dos eran ingenieros eléctricos y trabajaban en el mismo departamento de Red Eléctrica Española. Tenían más o menos la misma edad y una relación excelente tanto a nivel profesional como personal. Eran muy dinámicos y siempre estaban dispuestos ante cualquier intervención.

De pronto, un individuo de mediana edad y algo encorvado interrumpió su charla.

—Por favor, júntense a esos hombres —dijo con un tono de voz grave, señalando un lugar cercano a la puerta—. A ustedes dos, los quiero en mi equipo.

Jaime hizo un amago de preguntarle algo, pero el hombre le indicó con un gesto que hablarían más tarde.

En la calle, tres camiones militares esperaban con los motores encendidos a los recién reclutados. A unos metros, majestuosa, se elevaba la Cibeles. Jaime y Paco siguiendo las instrucciones del hombre subieron al primer camión. Los asientos eran unos bancos corridos de hierro. Una lona gruesa cubría la parte superior, mientras los laterales y la trasera iban descubiertos. Jaime y Paco comentaron por lo bajo el frío que iban a pasar durante el viaje y lo incómodos que eran los asientos, que además estaban húmedos.

El camión inició la marcha. El hombre encorvado pidió que le prestasen atención. Su aspecto, cansado, expresaba que había tenido una larga vida de trabajo. Su voz era ronca e iba acompañada por un coro de toses flemáticas. Se apretó la bufanda al cuello y tras dos fuertes carraspeos, empezó a hablar:

—Soy Nicholas Sultze, ingeniero eléctrico. Aunque llevo años retirado, la edad me delata, el Gobierno, debido a mi amplia experiencia en generadores, me ha encargado esta misión.

Jaime estaba sentado frente a Sultze lo que le permitió observarlo con detenimiento. Le pareció demasiado mayor para estar al mando de un operativo tan importante. No paraba de toser y respiraba con cierta dificultad.

—Ahora les cedo el turno para que se presenten ustedes —dijo tapándose la boca con la bufanda y subiendo la cremallera de la chamarra hasta el tope—. Les agradecería explicaran en profundidad a qué se dedican y qué experiencia tienen. Hay tiempo de sobra: el viaje es largo.

Los hombres se fueron presentando. Cuando le tocó el turno a Jaime, aprovechó para preguntarle a Sultze por el alcance de los daños.

—De momento, no tenemos información —contestó carraspeando—. No ha sido posible contactar con la central, pero mi olfato me dice que no nos va a gustar lo que vamos a

encontrar.

Jaime imitó a Nicholas y se subió hasta arriba la cremallera de la chaqueta. Hacía mucho frío. El viento helador entraba libremente por las zonas descubiertas y arrastraba aguanieve hacia el interior del camión.

La expedición estaba formada por tres camiones que circulaban muy despacio, uno detrás de otro, debido a la densa niebla y a la nieve que caía con mayor intensidad. El viaje resultó incómodo para todos que se quejaron del frío, la dureza de los asientos y la escasa amortiguación del vehículo.

La noche había caído cuando llegaron a la central hidroeléctrica del Tajo. Los tres camiones se colocaron de tal forma que sus focos iluminaron el lugar donde iban a montar el campamento. La central propiamente dicha y el río se encontraban a unos metros. Unos soldados bajaron sacos con maderos y prendieron una gran fogata. Otros soldados, junto con varios de los reclutados, desplegaron y montaron las tiendas de campaña alrededor de la fogata.

Cuando la enorme hoguera iluminó lo suficiente el campamento, se apagaron los focos de los camiones.

El militar al mando ordenó a los soldados que distribuyesen a los reclutados en las tiendas donde se les entregó los enseres que dispondrían: un saco de dormir, calzado y ropa de abrigo, un cuenco y una cuchara.

Jaime dejó las cosas en el lugar que le habían asignado y salió al exterior. El calor del fuego y el intenso olor a sopa reavivaron sus sentidos. Paco se acercó a Jaime y encendió un pitillo. Le ofreció uno. Aunque Jaime llevaba varios años sin fumar, el estrés de la situación, añadido al rico aroma que desprendía el cigarrillo de su amigo, le hicieron aceptar. La nicotina enseguida le hizo efecto. La tensión de los tres últimos días, la preocupación por haber dejado sola a Nora con los niños, y la ansiedad por averiguar lo que había ocurrido en la central lo desbordaban.

Pasados unos minutos, los reclutados fueron saliendo de las tiendas. Ateridos por el intenso frío, se colocaron alrededor del inmenso fuego. Los soldados al mando de la cocina llenaron los cuencos con una humeante sopa de fideos. Mientras comían, el capitán explicó, en un tono firme y elevado, las múltiples normas que imperarían en el campamento.

—... se está excavando una zanja detrás de las tiendas que hará las funciones de letrina. Una serie de antorchas clavadas en la tierra señalarán el camino. Por seguridad, ruego eviten moverse innecesariamente durante la noche. El combustible se reservará para que los grupos electrógenos iluminen el interior de las tiendas.

Jaime pasó esa primera noche prácticamente en vela. La tenue luz del grupo electrógeno era el único punto de referencia en medio de tanta oscuridad. La dureza del suelo, la humedad y el frío le dificultaban conciliar el sueño. Le dolía el cuerpo, pero sobre todo el alma. No podía dejar de pensar en Nora y en sus hijos. En la promesa que les había hecho de volver a casa a cenar.

LUNES 8 DE DICIEMBRE DE 2025. CENTRAL HIDROELÉCTRICA DEL TAJO. ZONA DE LOS GRANDES GENERADORES.

El grupo abandonó el campamento con las primeras luces del amanecer. La caverna de la central estaba vacía, no había nadie trabajando. El abrumador silencio confirmaba lo que se temían: los grandes generadores estaban parados.

Nicholas Sultze se colocó en el centro de la estancia y se frotó con fuerza los ojos. El ruido de su respiración denotaba que tenía los bronquios llenos de flemas.

—Sobra explicar qué significa el silencio, lamento haber acertado en mis predicciones. Empezaremos revisando la central. Para ello nos dividiremos en tres grupos. El primero a cargo de Juan García. Muchos ya lo conocen, ayer viajaron juntos en el camión. Este grupo se encargará de inspeccionar la subestación. El segundo irá con Luis Álvarez y trabajará a nivel de campo, recuperando cableado y, si no es posible, sustituyéndolo por cableado nuevo. Como anuncié ayer, García y Álvarez, al igual que yo, son ingenieros eléctricos.

Y por último, el tercer grupo vendrá conmigo. Nuestro trabajo empezará en la zona de los grandes generadores donde realizaremos un análisis preliminar del estado general de la central; inspeccionando las turbinas, los generadores, los transformadores...

Jaime levantó la mano.

—No sé si mi pregunta es obvia, pero ¿con qué medios materiales contamos?

—¿Medios? Me parece que pocos —contestó Sultze entre un coro de toses—. Lo poco que encontremos por la central y las herramientas que hemos traído de Madrid. Antes de que me lo pregunten les informo que disponemos de poco combustible para alimentar los grupos electrógenos. Esta es la mayor dificultad con la que nos encontramos y será difícil de resolver, las reservas de combustible en depósitos de fácil extracción son limitadas ya que se necesitan bombas eléctricas para extraerlo con lo que volvemos al principio de la cuestión. Pero dejemos que esta parte la resuelvan los soldados. El capitán me ha comunicado que esta misma mañana un grupo se dirigirá a fábricas cercanas a requisar todo el combustible disponible. También recorrerán pueblos y ciudades pidiendo a los vecinos que entreguen los electrodomésticos. Así obtendremos cables, acero... Nuestro objetivo, desde esta central, es proporcionar energía a los principales hospitales de Madrid; tenemos que trabajar rápido. Señores, aunque ahora lo veamos todo negro, les pido que seamos optimistas. Entre nosotros hay ingenieros, electricistas, mecánicos, fundidores, soldadores... Será un trabajo duro y complicado, esperemos conseguirlo.

—Ha dicho que esta central dará servicio a Madrid —intervino Paco—. ¿Qué pasará con el resto de España?

—Al igual que aquí —contestó Sultze—, hay grupos trabajando en otras centrales hidroeléctricas para dar servicio a otras ciudades. Nuestra prioridad son los puntos principales de la capital. Más adelante se continuará con las depuradoras de agua, las conducciones de recogida de fecales, las centrales nucleares. Pero bueno, poco a poco. Cada cosa a su tiempo. Señores, empecemos a trabajar.

A Jaime le preocupó la explicación de Nicholas. Lo que había contado sonaba a mucho tiempo de permanencia en la central. Se acercó a él y le preguntó:

—¿De cuánto tiempo estamos hablando? Yo he dejado a mi familia sola en Madrid.

Al oír la pregunta de Jaime, la mayoría de los hombres se sumó a la moción.

Nicholas devolvió una mirada interrogante.

—De momento no les puedo contestar Sin la maquinaria necesaria y sin energía, no me aventuro a predecir cuánto tiempo necesitaremos para recuperar la funcionalidad de la central.

Vamos a inspeccionar y luego evaluamos.

—¡Lo tenemos jodido! —murmuró Paco a Jaime, mientras se dirigían a las zonas de trabajo.

Se colocaron junto al muro del embalse. El agua, de un color verde calizo, caía con fuerza por la pared y entraba a presión en las turbinas. Jaime, Sultze y Paco inspeccionaron el área. La energía mecánica producida por la caída del agua no se transformaba en energía eléctrica ya que los generadores no mantenían la diferencia de potencial entre sus polos. La tormenta solar había roto por completo el campo magnético y como consecuencia éste no podía actuar sobre los conductores eléctricos del estator. El cuadro de control electrónico también estaba destrozado por lo que no era posible volver a formar el campo magnético.

El resto de los hombres de Nicholas Sultze se encontraba en la central propiamente dicha, en la salida de la zona de los generadores, revisando los transformadores donde la energía eléctrica obtenida en elevaba su tensión para entrar en la línea de transporte y distribución evitando la pérdida de cargas. Algunos estaban en la sección de medición, mientras otros se posicionaban en la sección de cuchillas de paso y otros en la sección para el interruptor. Los técnicos anunciaron a Sultze que no se podía salvar nada. La tormenta solar había quemado por completo la central hidroeléctrica.

Comenzaba a anochecer cuando salieron de la central. Las caras de los hombres denotaban cansancio y preocupación. El frío, la oscuridad y el agotamiento hicieron que la mayoría se retirase pronto a dormir.

Jaime, por lo contrario, estaba muy despierto y se quedó fumando un cigarrillo junto al fuego. No podía dejar de pensar en Nora y en los niños.

Nicholas Sultze volvía de asearse en el río y se colocó a su lado en busca del calor que desprendía la fogata.

—¿Cómo nos vamos a comunicar con nuestras familias? Yo necesito hablar con mi mujer —dijo Jaime.

—Acabó de hablar de esto con el capitán. Hemos pensado que la única opción es el carteo.

—¿El carteo? ¿Cómo vamos a enviar y recibir la correspondencia?

—Los soldados viajarán de un lado a otro en busca de combustible y materiales. Una vez al mes irán a Madrid. Hay que informar al Gobierno de nuestras valoraciones, avances, problemas. No tenemos otra forma de comunicarnos.

—Quiero comentarte algo delicado —continuó Jaime en un tono incómodo—. He oído que varios compañeros se marchan. ¿Es voluntario permanecer aquí?

—Sí y no —contestó Sultze frotándose las manos—. Seis hombres me han pedido volver a Madrid. Alegan no encontrarse en condiciones psicológicas para estar aquí. Voy a informar a mi superior para que les asignen otro trabajo. No quiero a mi lado gente que entorpezca. Aunque no te quiero condicionar, me gustaría que Paco y tú os quedarais. Sois los mejores del grupo. Espero que tomes la decisión correcta.

—Paco no sabe qué hacer y yo tengo que pensarlo —dio varias caladas seguidas al cigarrillo. Miraba arriba y abajo, evitando los ojos de Nicholas—. Mañana te daré mi respuesta. Me preocupa mi familia y esto va para largo.

Tiró la colilla a la fogata y entró en la tienda. Dentro del saco de dormir, las ideas negativas lo asaltaron. Le quedaban pocas horas para decidir si volvía a casa o si por lo contrario se quedaba asumiendo un tiempo indefinido en la central.

Al amanecer, después de una larga noche de insomnio, tenía la respuesta: se quedaba con Sultze. Le animó que Paco hubiese decidido lo mismo.

CAPÍTULO VIII

EL CENTRO DE SALUD

LUNES 8 DE DICIEMBRE DE 2025.

Después de dejar a sus hijos en el nuevo colegio, Nora se enfrentó al primer día de trabajo en el centro de salud. La mañana era fría, el cielo plomizo y nevaba suavemente. Por la calle habían ido

prácticamente solos, sin embargo, en la entrada del colegio había mucha gente. Dos soldados armados protegían la puerta de entrada. Nora dio un beso a los niños y desanduvo el camino hasta llegar a la oficina de la Junta Municipal. Estaba tan angustiada ante la falta de noticias de Jaime que no le preocupó llegar tarde al centro de salud.

La oficina se encontraba en penumbra. El día era oscuro y apenas entraba luz por las claraboyas y las puertas acristaladas. Nora buscó a la funcionaria que los había atendido el día anterior.

—Buenos días —saludó al verla. En la placa identificativa, sujeta a la solapa del uniforme, se leía su nombre: Clara Fernandez—. Ayer, siguiendo sus indicaciones, mi marido fue junto a un grupo de hombres al ayuntamiento y todavía no ha regresado a casa. ¿Adónde lo han llevado?

La funcionaria miró con hostilidad a Nora y respondió de malos modos que había cientos de personas desplazadas.

— ... y no es mi función averiguar dónde están.

—Pues sepa que yo no voy a ir al centro de salud hasta que me informe —dijo Nora con determinación.

La funcionaria soltó unos juramentos por lo bajo y se ajustó las gafas. Cogió una carpeta y repasó los listados en busca del nombre de Jaime.

—¡Aquí está! —anunció con desgana—. Ha sido trasladado a la central hidroeléctrica del Tajo.

—¿Al Tajo? No le entiendo. ¿Para qué? ¿Cuándo va a regresar?

Estaba alteradísima y hablaba atropellada. Las ideas se amontonaban desordenadas en su cabeza.

—No puedo decirle nada más —gritó malhumorada la funcionaria—. Vaya inmediatamente al centro de salud. Va a llegar tarde.

Nora se tambaleó al separarse de la cola. Una mujer se acercó a socorrerla. Con la ayuda de un hombre la sentaron en una silla de la sala de espera. Varias personas de la cola se acercaron.

—Solo quiero saber cuándo va a volver mi marido —dijo Nora mareada—. Le he pedido a la funcionaria que pregunte a sus

superiores.

—No le prometo nada —dijo la funcionaria, presionada por la multitud—, intentaré averiguarlo.

Nora supuso que la mujer había accedido para evitar un alboroto entre la gente de la cola que podría encontrarse en una situación parecida. Agradeció a la mujer y al señor por su ayuda y se encaminó hacia su nuevo trabajo.

El centro de salud de Castelló ocupaba la primera planta de un edificio de pisos. Para acceder había que subir una escalera de cinco peldaños. También había una plataforma móvil para las sillas de ruedas. La recepción era pequeña, una pared con varias ventanas y un mostrador pintado en color azul.

Nora presentó en el mostrador de recepción la cartilla de identificación. La jefa de enfermería salió a su encuentro. Era muy delgada y tenía el pelo largo y ondulado, de un color rubio ceniza, y sus ojos eran azules, grandes y saltones. Su nariz larga y afilada le daba personalidad.

—Soy Rita, la jefa de enfermería —se presentó con una mirada seria—. ¡Menudas horas de llegar! Me habían dicho que entrabas a las nueve.

—Siento el retraso —se disculpó Nora en un tono tan bajo que apenas se la oía—, pero he tenido que pasar por el punto de información. Han reclutado a mi marido y no sé nada de él y tengo dos niños pequeños y...

—Entiendo que tenga problemas —la interrumpió con brusquedad—, pero el doctor Suárez está que echa chispas. Tiene la consulta colapsada. Acompáñame.

La siguió por un pasillo estrecho, que estaba medio a oscuras: solo iluminado por la poca luz que entraba por las ventanas de recepción. La enfermera abrió una de las puertas del fondo y entraron a una sala en ligera penumbra, sin ventanas, iluminada por velas. El médico estaba reconociendo a un paciente que estaba tendido sobre una camilla. El doctor levantó la vista y miró a Nora fijamente. Sin saludarla, continuó masajear la zona donde le acababa de poner una inyección.

—Vamos a esperar a que le haga efecto la anestesia —dijo con voz fuerte al hombre—. Usted —se dirigió a Nora—, sígame.

Nora lo siguió a su despacho.

—Si vas a trabajar conmigo, no soporto la falta de puntualidad —dijo quitándose las gafas y tirándolas contra la mesa—. No eres una jovencita de las que no llevan reloj. Al grano, ¿en qué parte de trauma estás especializada?

—¿Trauma? He dicho en el punto de información que soy psiquiatra.

—¿Psiquiatra? ¿Para qué cojones me envían un psiquiatra?

—Si no le interesa mi colaboración, solicite que se me releve —contestó mostrando carácter—. Tengo menos interés de estar aquí que usted.

El médico se quedó cortado ante la respuesta de Nora y pasó a un tono más cordial. No parecía estar acostumbrado a ser cuestionado o le levantasen la voz.

—Volvamos a empezar y, por favor, tutéame, no soy tan viejo. Perdona mi brusquedad inicial, pero estoy desbordado. Ayer me ordenaron venir aquí y no he salido del centro ni para dormir. ¿Cómo andas en anatomía y quirúrgica? No sé si te han informado, pero este centro lo han dedicado a personas accidentadas, quemadas, no excesivamente graves. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Nora —contestó más cordial—, ¿y tú?

—Pablo.

—Pues te adelanto que desde las prácticas de quirúrgica no he vuelto a entrar en un quirófano. Se le dije a la funcionaria, pero no me hizo caso.

El médico se frotó los ojos con desesperación. Sin decir nada, se ajustó las gafas y volvió a la sala de reconocimiento.

Nora se puso la bata y los guantes y lo siguió. Los dos médicos, iluminados por la luz de las velas, parecían dos figuras fantasmagóricas.

—Te voy a enseñar a reducir una fractura de tibia —dijo sujetando la pierna al paciente.

El médico era unos años mayor que Nora. Alto y corpulento, y con una tripa abultada que dificultaba mantener la bata abotonada. Dos mechones lacios le caían a ambos lados del cuero

cabelludo, pero apenas disimulando la enorme calva.

Nora le observó trabajar. Lo hacía con precisión y era muy exigente con la enfermera. Dejaba las tijeras y las vendas donde fuese, mientras la auxiliar ordenaba el material a toda velocidad.

La chica era muy joven y tenía una expresión de susto. El médico la hacía trabajar muy rápido, al son de sus gritos, pidiéndolo todo al instante en un tono impaciente e impertinente.

El paciente se revolvió nervioso en la camilla, se quejaba de que sentía mucho dolor. Pablo explicó al hombre que las existencias de anestésicos estaban controladas y solo había podido aplicarle una ligera sedación.

Nora ayudó al médico como mejor pudo, alineando la tibia y fijándola con tornillos. Pero el paciente se encontraba al límite del dolor y gritaba que le diesen más anestesia. Ante esto, el médico elevó la voz por encima de los gritos exigiendo al paciente que fuese un hombre y se comportara.

Nora, abrumada por la amonestación inapropiada del médico, sujetó la mano del paciente y le habló en un tono suave.

Al terminar la intervención, el doctor Suarez regresó al despacho. Nora lo siguió malhumorada. En un tono desafiante le increpó por haber sido brusco con el paciente. Él no dijo nada.

El resto del día lo pasaron atendiendo pacientes. La sala de espera estaba hasta los topes de gente que presentaba cortes, quemaduras, roturas. La falta de luz era la causa de tantos accidentes domésticos; tropezones, uso inadecuado de velas que provocaban pequeños incendios en los pisos...

A las cuatro de la tarde, Nora fue a recoger a los niños en el colegio. De allí se dirigieron de nuevo a la Fundación March. Buscó entre los funcionarios a la mujer que los había atendido el día anterior. El color de su pelo, pelirrojo, facilitó que la encontrase.

—Necesito que me proporcione más velas. En el centro de salud me han asignado una especialidad que no es la mía y tengo que estudiar varios temas de medicina.

—Claro, pídanos las que necesite. Según nos han informado, es de los pocos productos de los que tendremos un suministro asegurado.

Cuando llegaron al piso, Nora encendió la chimenea. Hacía mucho frío y pidió a los niños que la ayudasen a trasladar las camas al salón. Primero movieron los sofás y demás mobiliario hacia la otra zona de la sala y luego colocaron las tres camas cerca de la chimenea. Cenaron en la mesa del comedor, a la luz de las velas. Nora había descartado hacer la vida en la cocina, no se podía cocinar ni lavar y hacía mucho frío. Abrió un par de latas de la despensa para completar la escasa ración de alimentos que les había entregado la funcionaria. Pensó que, si dejaban de consumir frutas y verduras frescas, pronto padecerían deficiencias de vitamina C: sangrado de encías, cansancio, debilidad muscular, bajada de defensas...

Acostó temprano a los niños, sin luz poco se podía hacer. Cuando se durmieron, se instaló en la mesa del comedor con unas velas y varios libros de medicina: anatomía, traumatología y cirugía

Se quedó estudiando hasta pasada la medianoche. En medio de la oscuridad de la vivienda, con la única luz de una vela y los restos de las brasas que brillaban intensamente en la chimenea.

CAPÍTULO IX

LA CARTA

Cada mañana, antes de ir al centro de salud, Nora pasaba por la oficina de la Junta Municipal a preguntar por Jaime. El mes de diciembre acabó sin noticias suyas.

La mañana del veintiséis de enero sucedió algo importante. Al entrar en la oficina, la funcionaria que le atendía a diario le entregó un sobre. A pesar de que las dos mujeres se veían a diario, la relación no había mejorado. Todo lo contrario. La funcionaria no podía evitar su irritación ante la insistencia y perseverancia de Nora.

Nora llevaba tantos días esperando saber algo de su marido que la noticia le cogió desprevenida y su corazón empezó a latir desbocado. Abrió el sobre con las manos temblorosas y se sentó en una silla entró de la sala de espera.

<<... os echo mucho de menos y necesito que me digas que estáis bien. En este momento, Nora, es importante que esté aquí...

—¿Cómo podré enviarle la respuesta? —le preguntó a Clara antes de salir.

—No han dicho el día, solo que será pronto. Dese prisa si quiere responder.

Ensimismada en sus pensamientos, caminó hacia el centro de salud. Los gritos de Pablo, desde la sala de curas, la sacaron al instante de su abstracción.

—Tenemos en la sala tres heridos que acababan de sufrir un accidente en Cibeles, mientras excavaban un pozo de agua. Date prisa —dijo el médico.

Nora se puso rápido la bata y los guantes y corrió a ayudarle. De pronto, uno de los tres accidentados empezó a convulsionar y a respirar con dificultad.

—¡Está entrando en shock medular! —gritó Pablo a Rita a la jefa de enfermería—. Necesitamos un respirador artificial. Dile al celador que vaya a la clínica. Nora, ayúdame a inmovilizar el cuello.

El accidentado tenía fracturada una de las vértebras cervicales y dejó de respirar. La lesión medular, y la falta de respiración asistida, habían acabado con su vida. Nora tembló emocionada. Ver a ese hombre le hizo pensar en Jaime y temió que pudiese ocurrirle algo parecido. Salió a la calle a tomar el aire, se sentó en uno de los peldaños de la entrada. A lo lejos escuchó a Rita decir al celador que se olvidase del respirador y fuese a la clínica a comunicar el fallecimiento.

—¡Mujer, que mala cara tienes! —dijo la enfermera sentándose junto a ella— ¿Estás mareada?

—Ha sido terrible, pobre hombre.

—Te voy a traer un vaso de agua con azúcar, verás que rápido se te pasa.

Cuando Rita regresó con la bebida se sentía algo mejor.

—Gracias, se me está pasando. Demasiadas emociones. Mira —dijo enseñándole el sobre—: mi marido me ha escrito.

—¡Cuánto me alegro, Nora! ¿Está bien?

—Sí. He leído la carta rápido. ¡Dios mío, no me puedo quitar a ese hombre de la cabeza! ¿Cómo vamos a avisar a sus familiares?

—El encargado de la obra se pondrá en contacto con la familia.

—¿Qué vamos a hacer con el cuerpo?

—José ha ido a la clínica para pedir que pasen a recogerlo. Bueno, si estás mejor, me vuelvo dentro. Tú quédate hasta que te recuperes del todo. Sigues pálida. Hoy no quiero tener más sustos.

Nora sonrió: se sentía cuidada por la enfermera. La obedeció y permaneció un rato más sentada en las escaleras, mientras bebía a sorbitos el agua azucarada.

De pronto, un ruido estrepitoso la sobresaltó. Una carreta, tirada por un caballo, se detuvo frente a la puerta. Dos hombres bajaron una camilla y entraron en el centro.

—Pasen por aquí —oyó que les decía Rita desde la recepción.

Unos minutos después salieron cargando el cadáver del herido. Retiraron la lona que cubría la carreta y tiraron el cuerpo. Nora vio que había varios cadáveres amontonados unos encima de otros.

—¿Qué esto? —preguntó alarmada a Rita que salía a despedirlos.

—Es la carreta de los muertos. Nos han hecho un favor viniendo tan rápido, solo circula pasado el toque de queda.

—¿Por qué?

—Así la gente no lo ve.

—Claro, claro —dijo Nora.

Uno de los hombres dio con la fusta al caballo y La carreta se puso en marcha. Entraron en el centro. Nora fue a la sala de reconocimiento. El médico no estaba y Laura, la auxiliar de enfermería, estaba ordenando meticulosamente el instrumental.

—Tengo que darme prisa para que no me riña —dijo temerosa.

—No debes tenerle miedo. Si te molesta dile a Rita. ¿Has visto la carreta de los muertos? Parece sacada de una novela negra.

La chica negó con la cabeza. Su mirada expresaba lo asustada que estaba. Era muy joven y le había contado que este era su

primer trabajo.

El médico entró en la sala como un huracán.

—Nora, ¿pero qué cojones te pasa? ¿En tu época os regalaban el título? Antes he pensado que te ibas a desmayar.

Nora le devolvió una mirada distante, cargada de rabia, pero no le contestó: quería evitar cualquier roce con él. Pablo le caía mal, siempre estresado, gritando y presionando a la gente. Rita era la única persona del centro que lo disculpaba. Le había contado que se conocían desde hacía años y en ocasiones habían coincidido trabajando en el mismo hospital.

A la hora de salida, Rita la interceptó en la escalera.

—Hazme caso, Nora, Pablo es una buena persona. He presenciado el incidente y ya le he dicho que se ha pasado contigo. Estoy segura de que ahora mismo está arrepentido de lo que te ha dicho.

—Me parece un grosero. No sé cómo le aguantáis, pero conmigo que no cuente. No pienso trabajar amedrentada. No tiene excusa su comportamiento.

—Hazme caso, mujer. No es el mismo desde que enviudó. He trabajado muchas veces con él y siempre tenía una sonrisa, una broma, una atención con cualquiera. Aunque no lo creas, es muy cariñoso y sensible.

Nora meneó la cabeza resoplando y dijo que iba a por los niños. Estaba demasiado enfadada para seguir oyendo hablar del médico.

El enfado se le pasó cuando vio la cara de alegría de sus hijos la enterarse que había carta de su padre. Cuando llegaron a casa, saltaron, alocados, alrededor de ella pidiéndole que abriese el sobre.

—Esperad, chicos —dijo metiendo un leño en la chimenea.

Se sentaron alrededor de la mesa del comedor. Acompañados por el crepitar del fuego y el titileo de las velas, Nora empezó a leer la carta en voz alta. De pronto, un fuerte golpeteo en la puerta de

entrada la interrumpió.

—¿Quién será a estas horas? Son más de las seis —dijo mirando el reloj.

Cogió una vela y se acercó al vestíbulo. Deslizó despacio la mirilla. Entre sombras vio un hombre, que también se iluminaba con una vela.

—Nora, soy Fernando.

Los tres adultos se dieron un gran abrazo, mientras Celia corría a encontrarse con sus amigos. Hacía tiempo que no se veían. Aunque el día de la marcha de Jaime se habían prometido verse a menudo, la realidad era que solo lo habían hecho dos veces: la noche de Navidad, que Nora y los niños fueron a cenar a su casa, y el día de Año Nuevo, que Fernando, Lucía y Celia habían ido a comer con ellos.

—¡Qué sorpresa! —dijo tratando de disimular lo dolida que se sentía: no entendía cómo no la estaban acompañando en esos momentos tan duros de soledad—. ¿Cómo os habéis saltado el toque de queda? ¿Ha ocurrido algo?

Lucía bajó los ojos. Fernando, por lo contrario, le tomó las manos.

—Hemos pedido un permiso especial porque tenemos que contarte algo importante. Prefiero hablar de ello después, cuando los niños se vayan a dormir. Bueno%